

Raul Zelik

# SITUACIONES BERLINESAS

Traducción a cargo de **María Florencia Martín**





EDITORES INDEPENDIENTES

ERA / LOM / TRILCE TXALAPARTA

[www.editoresindependientes.com](http://www.editoresindependientes.com)

Esta obra ha sido publicada con  
la ayuda del Goethe-Institut.



TÍTULO ORIGINAL

*Berliner Verhältnisse*

TRADUCCIÓN

María Florencia Martín

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA

Febrero de 2009

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta

© DEL TEXTO: Raul Zelik

© DE LA TRADUCCIÓN:

María Florencia Martín

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.

Navaz y Vides 1-2

Apartado 78

31300 Tafalla NAERROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

[txalaparta@txalaparta.com](mailto:txalaparta@txalaparta.com)

[www.txalaparta.com](http://www.txalaparta.com)

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA

Esteban Montorio

MAQUETACIÓN

[Nabarrerria.com](http://Nabarrerria.com)

IMPRESIÓN

Gráficas Lizarra S.L.

Carretera a Tafalla, km. 1

31132 Villatuerta - Navarra

DEPÓSITO LEGAL

NA-320-09

ISBN

978-84-8136-538-2



PRIMER CAPÍTULO  
EN EL QUE MARIO SE ENTERA DE QUE  
HAY DEMASIADO RUIDO EN SU COCINA

SEA LA MEDIANA EDAD U OTRA ESTUPIDEZ, hoy en día cualquier idiota busca una razón para tirarse en el diván, hacerse el Hermann Hesse absorto y explayarse sobre una sensación de vacío que lo atormenta. En sus hechos parecen un montón de gallinas histéricas: mientras algunos creen que estar pegándole eternamente a alguna droga no lleva a ninguna parte, otros sueñan con noches excitantes, salen a comprar cigarrillos y nunca más vuelven a casa. A más de uno le da un ataque de pánico al ver que alcanzó el monovolumen con esposa, prole y casita propia, mientras que otros se vuelven locos porque después de la crisis de la *new economy* y de la subida del petróleo, el unifamiliar se les hace inalcanzable. Y las revistas de *lifestyle*, que siempre saben mejor cómo se hacen las cosas, halagan el corazón de sus lectores con tapas exclusivas sobre la nueva falta total de orientación: *La vida se ha convertido en una carrera de obstáculos sin obstáculos. ¿Cuánto debo saltar? ¿Hasta dónde basta?*

En realidad, todo el frenesí de las crisis existenciales a Mario lo podría haber dejado sin cuidado. Alguien que se

mantuvo a flote durante quince años falsificando cheques y vendiendo «remanentes aduaneros» debería ser resistente a los dictámenes del éxito. Mario era de esa clase de gente que en algún momento decidió que dejaría de saltar, sin importar si había que esquivar obstáculos altos o bajos. ¿Para qué soñar con las vacaciones en el Caribe si ahí uno no hace más que encontrarse con los chiflados de siempre? ¿Para qué acumular meticulosamente capital si al final todo ese dinero se evapora con Freddie y Fannie? ¿Para qué preocuparse pensando en un futuro panza arriba si eso es algo que ahora ya se puede hacer (y sin úlceras, ni reuniones estúpidas, ni las imprescindibles hipocresías de oh-pero-qué-motivado-que-estoy)? O sea, la idea es: en lugar de ¡empleo!, ¡empleo!, ¡empleo!, llevar una vida modesta y hacerse con algún minibotín por aquí y por allá, con la certeza de que habiendo tenido una adolescencia punk ya se ha vivido bastante de lo que puede ofrecer una existencia media en los albores del siglo XXI.

Pero sería un error pensar que Mario llevaba una vida alternativa clásica; no era uno de esos tipos que andan por las calles en pantalones de pijama a rayas, con una mata de ras-tas, tirando pelotas de colores por los aires al son de estridencias medievales y creyéndose por eso los más divertidos. Mario siempre había estado al día. Huido a los quince del caos materno para dedicarse al *sex, drugs, revolution*, con el correr de los años había ido probando todo modelo de vida (pedigüeño en el *Kottbusser Tor*,<sup>1</sup> militancia en colectivo anti-fascista, pareja abierta de a cinco). Pero después de algunas experiencias traumáticas con baños de *wg*,<sup>2</sup> plenarios de seis

---

1.- El *Kottbusser Tor* es una estación de metro y el centro de un barrio más bien pobre de Berlín en el que vive un gran porcentaje de extranjeros, desocupados y jóvenes alternativos. Además, en toda la capital la proporción de perros pareciera ser superior a la del resto de las ciudades alemanas y son particularmente los sectores alternativos de la población los que suelen tener canes (*N. de la T.*).

2.- *wg*: iniciales del término en alemán para «piso compartido» (*wohngemeinschaft*).

horas y cinturones de tachas de 19,99 marcos en unos grandes almacenes, decidió que asumiría una vida ordenada: cruzar el Atlántico en velero, tener un club propio de jungle, recuperar el bachillerato y, finalmente, hasta vivir en un mismo apartamento con su pareja (el detalle fue que después de seis meses la tipa resultó ser una agente de policía).

La verdad es que Mario no tenía ningún motivo para quejarse de la vida. Y, sin embargo, entró en crisis. No por preguntas existenciales irresueltas, ni por una ambición profesional repentina, sino por un fenómeno que seguramente pertenecerá al reino de la biología, una secuela secundaria, pero bastante desagradable, derivada de cumplir años. Da lo mismo si uno se suma exultante al grupo que entona la edad-depende-de-cómo-te-sientas, el hecho es que, a partir de los treinta, uno se vuelve más sensible al ruido. Al menos los alemanes. De pronto se empieza a oír todo, se añoran momentos de calma y ya no se tolera el barullo de fondo.

Cuando empezó la historia, era una de esas tardes normales de junio, pesadas. En la cocina de la wg de la calle Adalbert 73, los vecinos rumanos estaban friendo tranquilamente sus berenjenas, el compañero de piso de Mario hacía ejercicios para el fortalecimiento de la musculatura dorsal y Didi le daba de comer a su chucho cuando de repente Mario profirió un grito:

«¡Ya basta!».

Probablemente la frase se hubiera extinguido en medio de la bulla de Kusturica que a Piet le gustaba poner cada vez que los rumanos venían de visita (un caso clásico de atribución de identidad por terceros). Pero Mario supo enfatizar lo observado en la acción: cruzó la habitación, desenchufó la radio, apagó la chapa de la cocina al pasar, fue directo a la nevera y se sirvió un vaso de zumo de naranja. Los demás se quedaron petrificados, mirando hipnotizados cómo Mario sorbía su zumo pausadamente, como a cámara lenta. Antonescu fue el primero en recobrar la compostura. Le echó un

vistazo preocupado a las berenjenas. Todavía no estaban bien cocidas.

«¿Por qué apagaste el fuego?», preguntó Piet.

«¿Y la-a radio?», agregó Didi, que, desde que iba a primaria, ante la menor inseguridad, empezaba a tartamudear.

«Esto no lo puede aguantar nadie», declaró Mario, resuelto.

«¿Qué es lo que nadie puede aguantar?».

«El ruido».

«¿Ru-rui-do? ¿Qu-qué ruido?».

«Vosotros no entendéis».

Realmente no era fácil de entender. Mario no había sido sobresaltado por un súbito rechazo hacia los rumanos, tampoco quería tener el piso para él solo, ni pensaba en los alimentos consumidos, ni en los platos que se acumularían en la fregadera (Antonescu siempre fregaba). Y, sin embargo, ese fue exactamente el tono que Vasiliy le dio a la conversación al llegar media hora más tarde a casa.

«¡Eres un chovinista económico!», señaló su compañero de piso, con desprecio.

«¿Un chovinista qué?». Mario no entendía nada.

«Defiendes tus privilegios».

«¿Privilegios? No tiene nada que ver con privilegios. ¡Tengo treinta y dos años!».

Vasiliy, Piet y Didi miraban a Mario indignados.

«Lo que quiero decir es que uno se vuelve más sensible al ruido».

«Sí, la gente de los Balcanes siempre mete demasiada bulla». Qué vivo, Vasiliy podía irse en cualquier momento a donde sus padres si el ambiente en casa le parecía muy movido. Pero Mario, ¿adónde iba a ir? ¿A donde mami? ¿Al taller de cerámica? ¿A relajarse?

«Los Balcanes, los Balcanes... ¡No tiene absolutamente nada que ver con los Balcanes, sino con el ruido! Que se

alquilen algo. En la casa del fondo tienen cuatro apartamentos de una habitación vacíos. O que los ocupen...».

«¡Ahh-aa!». Vasily miraba con sonrisa socarrona.

Cómo le jodía que se pusiera socarrón.

«¡Son ilegales! No pueden ir y hacer algo ilegal».

Era una manera enrevesada de expresarse, pero objetivamente lo que decía era correcto: si había alguien que llevaba todas las de perder en la rifa Berlín-será-tan-urbana-como-París-omucho-más-todavía, ahí estaban los rumanos. En una noche helada de invierno, cerca de Zittau, los tres habían cruzado la frontera de Oder-Neisse (Antonescu casi se ahoga, era un tipo de una familia de pastores del Cárpatos y el único contacto que había tenido con el agua durante su infancia era con la que veía en los abrevaderos) sin que los vieran ni la guardia de frontera ni la milicia vecinal, y se encaminaron hacia la prosperidad. Tampoco los había denunciado ninguna vieja chismosa cuando viajaron en el tren de corta distancia hasta Cottbus, y, sorteando estos peligros, habían llegado a Berlín, donde, gracias a los contactos de un viejo amigo del Bánato, tuvieron la suerte de poder encargarse de ultimar los detalles en todo tipo de instalaciones gubernamentales. El salario de 3,50 euros por hora no estaba tan mal (había un par de ucranianos que lo hacían por menos). Mejor dicho, no hubiera estado tan mal si les hubieran pagado. El asunto era que el constructor, alguna organización pública fantasma, había subcontratado a una empresa, especializada a su vez en tercerizar los servicios contratando compañías que trabajaran en estrecha colaboración con pequeñas empresas hiperflexibles. De esta manera, el trabajo en sí (las instalaciones eléctricas en las oficinas de una sección de la administración federal) había pasado de mano en mano hasta ir a dar, finalmente, al escritorio de un inofensivo tipo de Neukölln en chándal que simplemente no tenía valor para hacer estafas a lo grande. Horst Patzky era uno de esos «ejemplares originales de Berlín Occi-

dental» que se habían convertido en una rareza. Hacía treinta y cinco años que, una vez acabado el día laboral, se iba a sentar a un bar de la esquina decorado con árboles de plástico, discutía sobre Hertha BSC o acerca del estado actual de Wall Street y creía que el *Bild* era un periódico. Este hombre seguramente se hubiera fundido si no hubiese sumado un eslabón, inexistente en los papeles, a su cadena de valor agregado. Tras algunas dudas iniciales, lo que hizo este maestro electricista de Neukölln fue contratar a todo tipo de ayudantes que supieran realizar tareas bien difíciles a cambio de poco dinero. El hecho de que Popescu, doctor en historia del arte, y Ganea, en musicología, lo superaran ampliamente a nivel intelectual no fue ningún impedimento; tampoco que Antonescu hubiera madurado a mediados de los ochenta en el criadero de ovejas «Alegres en la campiña del Bánato» hasta llegar a ser un técnico multiuso. Todo era más sencillo de lo que uno se hubiera imaginado, sobre todo teniendo en cuenta que el intercambio entre el jefe y sus empleados se reducía a un mínimo de palabras: «Perdón, ¿sepué fumá?», «Eso va allá», «¿Dónde baño por favor?».

Respaldata por estos «recursos humanos» de origen rumano, la sociedad colectiva Electrosolutions había realizado una serie de valiosos trabajos en los edificios ministeriales de la Potsdamer Platz y demandado la paga de una suma considerable. El problema es que, en los tiempos del ciberespacio, de los accionistas y del telepizza se puede ganar dinero, pero eso no necesariamente implica que se vaya a conseguirlo. O viceversa: por misteriosas razones, se puede recibir una paga aunque uno no haya hecho nada para ganarla. El tema era que en algún lugar de los infinitos mundos de la tercerización en los que ningún otro ser humano estuvo antes, uno de los miembros de la cadena de adjudicación de contratos se

---

3.- Se trata del periódico de prensa amarilla de mayor tiraje en Alemania (*N. de la T.*).

descarriló y se largó con el dinero para las Maldivas, razón por la cual Patzky se vio ante un rotundo problema de liquidez. Al menos eso es lo que decía. Privar a los rumanos («policos, pero qué sé yo, trabajar trabajaron») de su sueldo no era portarse precisamente como un *gentleman*, pero: «La competencia tampoco afloja. ¡Doble abolladura de la coyuntura económica mundial!». Y así fue cómo, de pronto, los tres amigos, que se habían conocido en 1990 en una fábrica de galletas de Bucarest que entró en funcionamiento poco después, estaban en la ruina total. Ni siquiera en Rumania habían estado tan mal.

«Hasta que no les den su dinero van a cocinar aquí», declaró Vasiliy. «Nosotros no echamos a ilegales».

Mario hizo una mueca. Era verdad, realmente **nunca** habían echado a nadie. Salvo a esos músicos que Piet había conocido hace unos meses en la parada del autobús. Pero esos también se habían portado de culo. Para vomitar en el pasillo no tenían ningún problema, pero en toda la semana no **habían** ido ni una sola vez a hacer las compras. ¡Y eso que **tenían** contrato indefinido!

«El ruido es tremendo». No solo Vasiliy podía hablar con un tono resuelto. «Entonces no queda otra que conseguir el dinero para que los rumanos se puedan alquilar uno de los apartamentos».

Piet interrumpió sus ejercicios. Le venía bastante bien, porque después de quince contracciones había que relajarse doce segundos. «No soy Creso».

Pero eso tampoco era necesariamente lo que estaba pensando Mario.

«Eso, vamos a conseguirles el sueldo que les deben».

«¿Eh?».

«Lo que el jefe no les quiere pagar».

Mario no tardó mucho en convencer a sus compañeros. A Piet no era que la presencia de Antonescu, Ganea y Popescu le molestara, ni mucho menos («bueno, se les va un poco la

mano con la grasa, ¡pero siempre cocinan cosas frescas!»). Pero hacerse el Robin Hood le pareció todo un desafío. Y a Didi, desde que Mario lo había defendido de la creída de Micaela Kovalski en una injuria acaecida en tercer grado, cualquier cosa que propusiera su compañero le parecía bien. El único que en un primer momento ofreció resistencia fue Vasiliy.

«¿Para qué alquilar otra cosa? Aquí hay una cocina».

«Además, para los rumanos es mucho más cómodo».

«¿Más cómodo? Es peligroso».

«Es práctico».

«Lo que quiero decir es: ¿Acaso sabemos qué clase de tipo es su jefe? Los obreros son unos armatostes. ¿Sabes la cantidad de músculos que sacan en los andamios?».

«Principalmente los extensores», acotó Piet.

«Además, todo el sector de la construcción es básicamente una organización mafiosa».

«Bueno, ¿y entonces?». Mario empezó a ponerse inquieto. «Esta gente, ¿nos necesita o no?».

«Sí, pero...».

«¡Eso es poder de clase! Si tú estás siempre hablando de eso».

«Sí, pero esta vez hay que verlo desde un punto de vista individual. Lo que quiero decir es que si lo hacemos a nivel individual no es poder de clase, sino...».

«Si-siempre hay...q-que», dijo Didi finalmente, «empezar por uno mismo».

No pasó ni media hora y los cuatro estaban parados en el metro entre las hordas que volvían del trabajo, los chicos de catorce años sin techo y los buenos-días-me-llamo-Stefan-y-soy-VIH-positivo en dirección a Rudov-Neukölln. Aparte de Vasiliy, que siempre tenía una actitud un tanto negativa (el capitalismo, el cambio climático, todo el fracaso del Iluminismo), la WG se comportaba como si en toda la vida no hubiese hecho otra cosa que cobrar deudas.

La tranquilidad fue aún mayor cuando Patzky, el maestro electricista que Antonescu había descrito diciendo que no era «taaaan alto», resultó ser de una estatura de 1,65 y de una forma más bien esférica.

«¿Qué?», gruñó Patzky, agresivo, pero permaneció de pie bien quieto al percatarse de la presencia del perro de Didi. El electricista y el bicho, un dogo danés del tamaño de una mula, tenían los ojos casi a la misma altura.

«Perdón». Mario, sin perder tiempo en molestos rituales de presentación, calculó de un vistazo cuánto le darían por empeñar el equipo estéreo y la colección de discos (que, de tantos shakiras y bee geeses, más bien daría poco) y se dejó caer en el sofá de escay que estaba en el medio de la habitación, mientras Piet abocaba su atención a la playstation, que emitía gemidos por lo bajo desde el rincón del escritorio al lado de la puerta del baño: un desfile de rubias en bikini en manos de hombres de turbante fanatizados y armados hasta los dientes.

«Uy, noo, primer nivel... esto va en cámara lenta».

Didi siguió a su dogo rumbo a la *kitchenette*. Sólo Vasiliy permaneció, temeroso, en las inmediaciones de la puerta.

«Se trata del problema en nuestra cocina». Mario se cruzó solemnemente de brazos. «Es decir, en realidad se trata de *mi* problema. A casa, o sea, a nuestra WG, siempre suelen venir visitas. Bueno, como suele ocurrir cuando uno vive con otras personas. Pero ahora la situación está un poco... cómo decirle...».

Evidentemente Patzky era un tanto lento. Escuchaba el discurso de Mario sin decir ni una palabra.

«A veces me siento tan falto de fuerza. Y entonces todo me parece tan...». Mario miró pensativo por la ventana. «No se me ocurre la palabra adecuada».

Por fin Patzky esbozó una reacción. La cara del maestro electricista se tiñó de un rojo tomate. «¿Y a mí qué me importa?». Buena pregunta. «¡Y saca la mano de mi ordenador!».

¿Cómo? ¿Entonces no era una playstation? ¿Era un ordenador en serio? «¡Voy a llamar a la policía!».

«¿Policía?», chilló Vasiliy un tanto histérico.

«La p-poli-cía es una c-ca-cagada», sentenció Didi con gran objetividad, tomó el teléfono inalámbrico y sin más rodeos lo tiró por la ventana abierta al pequeño jardín. Aterrizó al lado de un enano que decoraba el verde llevando una linterna en la mano.

«Y en cierto sentido es verdad», continuó Mario sin dejarse turbar. «Cuando uno pasa los treinta ya no puede cargar con tanto. La... cómo se dice...».

«La aptitud para el estrés...». Vasiliy daba una impresión bastante más segura desde que el teléfono yacía a los pies del enano.

«Eso, la aptitud para el estrés disminuye».

«¡Aumenta!».

«¿Aumenta?».

Vasiliy asintió.

«Bueno. Aumenta. El ruido... empieza a cansar. Y por eso», Mario se irguió, «queremos... bueno, quiero que los rumanos se alquilen algo por su cuenta».

«¿Eh?».

«Los r-rumanos», repitió Didi.

«No pueden cocinar siempre donde nosotros», subrayó Mario.

Patzky aún seguía sin entender; entonces Didi intentó resumir el asunto en términos sencillos:

«No t-tienen capital, s-solo tienen su ss-sueldo... y si n-no se lo pagan...».

«¡Eso! Entonces, ¿a dónde van? A nuestra cocina. Y simplemente se instalan. ¡Todo el día! ¿Acaso a usted le gustaría tener rumanos todo el día sentados en su cocina?».

«Mario, la cuestión no es que sean rumanos...», comenzó a decir Vasiliy.

«Rumanos», balbuceó Patzky.

«Da igual», concluyó Mario. «En todo caso lo que queremos, es decir, lo que quieren los rumanos es el dinero. ¡Tiene que estar para el próximo viernes!».

En el fondo, la crisis de Mario podría haber acabado ahí. Si bien Antonescu & Co. seguían pasando su tiempo libre en la calle Adalbert 73, desde que existía una perspectiva de cambio la actitud de Mario había pasado a ser condescendiente. Había vuelto el orden a la vida de la WG: se podía tomar el sol en el tejado y hacer ejercicios de gimnasia apoyándose en el borde de la ventana de la cocina. Probablemente hubiesen cobrado el dinero de Patzky y nunca más se hubieran detenido a pensar en el sector de la construcción... si no fuera porque ese fin de semana llegó de visita la madre de Mario.

¡Mamá! La ex maoísta, ex profesora de arte, ex especialista en formas de vida alternativas, que, tras pasar por varias separaciones, estancias en Ashram y reorientaciones profesionales, había vuelto de La Gomera a la casa paterna en Solingen-Ohligs, siempre se había mostrado muy comprensiva cuando se trataba del modo de vida de su hijo. Cuando Mario dejó Remscheid a la tierna edad de quince años por considerar que sólo en Berlín occidental sería productivo declarar la lucha al régimen (la revuelta terminó en 1987 después de la ocupación de un roñoso terreno limítrofe en territorio germano-oriental, donde unos guardias rojos fronterizos, muy amables, repartieron café, cigarrillos y formularios para pedir asilo... por suerte a todos les fue concedido el permiso de regreso), ella le dictó sin hacer ningún comentario el número de teléfono de algunos abogados conocidos. Cuando Mario, pocos años después y exactamente en su vigésimo aniversario, le reveló que, considerando el frenesí nacionalista después de la reunificación, más valía ahorrarse los esfuerzos subsiguientes y entregarse al apacible consumo de drogas, ella respondió enviándole una postal que indicaba su nuevo domicilio en el Valle Gran Rey. Mario siempre había sostenido que los terri-

bles lamentos que se suelen oír sobre los padres del 68, que supuestamente arruinaron a sus hijos el placer del consumo con su educación antiautoritaria, no eran más que tremendas idioteces con las que ex monaguillos llegados a ser directores de dudosos medios de opinión querían distraer de sus propias experiencias en el regazo del padre Cornelius.

En definitiva, Mario no tenía ninguna razón para quejarse de su mamá. Incluso las transiciones un tanto abruptas entre las parejas (Dieter, PC-ML; Michele, nombre civil: Horst-Michael; Ibrahim: Kuwait, viticultor ecológico; y Tamira, dedicada a las curas esotéricas) nunca habían sido demasiado traumáticas. Si había una persona a la que Mario le tenía que agradecer que a sus treinta y dos años nunca hubiera perdido ni un minuto pensando en hacer carrera, ese alguien era su madre, que, desde que los niños eran pequeños, había sabido brindar un firme fundamento al canon de valores de su descendencia.

Lamentablemente, el caso del hermano mayor de Mario, Wolfgang, que le llevaba ocho años y era fruto del miserable primer matrimonio de mamá, era distinto. Con el hermanito uno podía conversar animadamente sobre el constructivismo ruso, sobre el potencial subversivo en las películas de Fassbinder o la música noise, pero en cuanto la conversación tocaba temas menos estafalarios, todo parecía indicar que la cigüeña había andado chiflada. Mientras que el imaginario de Mario y de su madre estaba compuesto aproximadamente de las mismas proporciones de *Easy Rider*, Pippi Langstrumpf y el Che Guevara; Wolfgang era el *businessman* por antonomasia: despiadado, decadente, mezquino.

Y eso que la biografía de Wolfgang no había tomado un rumbo directo hasta lograr un objetivo, ni mucho menos. Después de algunos años inmerso en el arte acción, que le dejaría principalmente el recuerdo de cientos de baldes llenos de barro, pintura y sangre de cerdo vertidos sobre su rostro, Wolfgang, a mediados de los ochenta, había decidido volcar

su atención hacia materiales que estuvieran más bien en fase de agregación sólida. Inició una carrera relámpago de *project developer*, en castellano, un depredador inmobiliario, y pudo captar tan bien la sinergia entre sus proyectos y lo privado que logró concretar una fusión de la vida laboral y familiar por demás admirable. En menos de una década, Wolfgang llevaba cuatro matrimonios con las paternidades correspondientes, naturales y sociales, y había creado un impactante imperio de empresas virtuales que estaban a nombre de sus sucesivas cónyuges, si bien era él quien ejercía como gerente de las compañías. Con semejante construcción, se aseguraba tener un buen margen de acción generando la cuota necesaria de confusión entre los acreedores.

La historia de Wolfgang hubiera sido digna de convertirse en un testimonio «de artista a millonario», de esos que le vienen como anillo al dedo a la televisión, si no fuera porque la educación maoísta de mamá («dejemos que cien flores florezcan») se ocupó de que entre los principios morales y los actos concretos de su hijo mayor hubiera un enorme abismo. A pesar de las avezadas mentiras en las que estaba basada su vida («mis inquilinos me adoran», «estoy saneando una ciudad en quiebra», «nosotros con esto no ganamos casi nada»), el armazón psíquico de Wolfgang se había ido resquebrajando hasta tal punto, que vivía perseguido por sus remordimientos: para con los miembros de la familia, los socios, obreros precarios, ex esposas, inquilinos y, por supuesto, las masas explotadas en el tercer mundo. Para restablecer al menos una parte de la paz interior, Wolfgang había ido adquiriendo un perfil de mecenas de las artes. Sin dejarse impresionar por los ánimos moderados que cundían en el sector inmobiliario, bombeaba guita del universo de los *Penthouse* al mundo de la vanguardia y congregaba a su alrededor a una multitud de tipos histéricos que se esmeraban en ser extravagantes. A cambio del generoso fomento de sus proyectos, el benefactor era destinatario de algo parecido a la admi-

ración. De una u otra manera, Wolfgang debía ser consciente del carácter corrompido de esta relación, ya que en todas las reuniones familiares anunciaba que a más tardar en cinco años su vida daría un giro radical.

«Voy a rematar las inmobiliarias de mierda, comprarme un terreno en el sur para plantar tomates y voy a pintar otra vez».

«¿A pintar o a embadurnarte la cabeza con pintura?».

«Embadurnarse la cabeza con pintura también es arte».

«¿Y embadurnar tomates?».

O sea, que siempre se podía esperar que los encuentros de Mario con el resto del núcleo familiar resultaran entretenidos. Mamá contaba los últimos cambios en su filosofía de vida, Wolfgang intentaba reforzar su autoestima fantaseando en los términos más frondosos sobre la música dodecafónica, el cataclismo lingüístico y la abstracción total, es decir, sobre un mundo sin inquilinos, mientras Mario, en silencio, se echaba el chianti de 50 euros que el hermanito solía dispensar en ese tipo de ocasiones.

Esa noche el punto de encuentro fue un restaurante árabe, ya que mamá estaba convencida de que, en tiempos en los que estaba en auge el *clash of civilizations*, había que dar ejemplo desde lo privado en contra de la hostilidad hacia el Islam. Pero la verdad es que el local no tenía un aspecto demasiado islámico.

Como siempre, Wolfgang saludó un tanto exaltado.

«¡Mario!... ¿Por qué ni siquiera me llamas...? Estoy construyendo viviendas sociales».

«Hola, mamá».

«Para que la gente pueda vivir más barato... Ves, es un buen espacio, pero asequible... para familias... de la clase baja...».

«¿Estás bien, mamá?».

«Mucha gente cree que el gobierno lo canceló... el tema de la construcción de viviendas... es que el programa está por

acabar. ¡Pero todavía no lo han cancelado...! Todos tienen que poder acceder a un buen piso... Al fin y al cabo, también hay que pensar en los necesitados».

«¡Esa!». Mamá se dirigió hacia una mesa ubicada en la parte de atrás del restaurante.

Mario la siguió desganado. Cuando mamá se quería sentar al lado del baño, había que sentarse al lado del baño. Pero no era tan sencillo. En esta familia nada era realmente sencillo.

«Eh, ¡camarero!», chilló Wolfgang por todo el restaurante. «¿Allá atrás es Zona no fumadores?».

«¿Perdón?».

«¡Deja! Además, ¡necesito tener cobertura! Ma, voy a ver si tengo cobertura... Camarero, ¿aquí qué sistema tienen? Es que en este radio tengo una tarifa preferencial. ¡Mira, mamá, qué práctico mi móvil! Estamos a más de un kilómetro de casa y sigo recibiendo llamadas por la tarifa reducida».

«También puede sentarse en la mesa de al lado de la ventana si lo desea».

«¿Desde ahí se ven bien las bailarinas?», preguntó la madre de Mario.

«No, mamá, al lado de la ventana hay demasiada corriente. Aquí está bien... aquí tengo cobertura. Nos sentamos aquí».

«Pero la verdad es que ahí no se ve bien».

«¿Por? Si se ve todo...».

«Pero después, cuando se llene, seguro que no se ve nada».

«Mamá, ¿sabes la cantidad de restaurantes árabes que hay en Berlín? ¡Miles! ¿Por qué se va a llenar justo este?». Wolfgang tomó la carta y examinó los precios de un vistazo. «Oh, là, là... no sabía que ahora el fletán también estaba en la lista de especies en extinción».

«Perdón», mamá se volvió hacia el camarero. «¿También tiene cuscús vegetariano?».

«Mario, pide lo que quieras, yo te invito... ¡Epa! El precio del cordero también está bastante salado».

Y así siguió la noche, bastante entretenida, hasta que Wolfgang a la media hora fue a hacer pis y Mario aprovechó la ausencia de su hermano para charlar un poco con mamá.

«Uy, qué punto que tiene...», comentó Mario.

«¿Por qué?». La madre se retocó el color de los labios. ¡De rojo rubí! La última vez que se vieron había dicho que el rojo rubí era un color para concubinas de gerente.

«Está como re-puesto».

«Bueno», mamá bajó el espejo. «Dirige una empresa».

«¿Una empresa?». Mario la miró con desprecio. «Un imperio de especulaciones que nos chupa la sangre a nosotros, los inquilinos».

«Sanea edificios. Eso no es especular».

Mario miró a su madre incrédulo. Primero lo del lápiz de labios y ahora esto. «Por casualidad, ¿tienes alguna pareja nueva?».

«¿Qué?».

«¿Un gerente? ¿Estás saliendo con un gerente?».

«¿Cómo?».

«Dices cosas tan raras».

Fue un momento muy significativo, en cierto sentido como si alguien informara, después de treinta y dos años, de que todo no fue más que un malentendido.

«Sabes qué, Mario...». Como si fuera poco, ahora mamá se estaba pintando con sombra azul. La última vez había dicho que ni siquiera una concubina de gerente escogía azul para los párpados. «Ya no es tan fácil como antes. Y entonces uno está bastante agradecido si por lo menos no se tiene que preocupar de uno de los integrantes de la familia. Cuando uno es mayor, un poco de seguridad económica no viene mal».

*¿Mayor?*

«¿Mayor?».

«Uno a los treinta y dos ya no es realmente joven. Yo a los treinta y dos ya tenía dos hijos».

La conversación no duró ni 90 segundos, pero fue suficiente para hacer caer a Mario en un abismo, en esa psicosis del cómo-se-supone-que-va-a-seguir-esto, psicosis infundada pero que ataca a generaciones enteras. Mario no le prestó más atención al resto de los acontecimientos de la velada (la vuelta de Wolfgang del baño, el postre, los meneos a la árabe de unas amas de casa acomodadas). Muy por el contrario, sentía el vago eco de la observación de su madre: un poco de seguridad no viene mal cuando uno va siendo mayor. ¡A los treinta y dos!

Pensándolo bien, obviamente se trataba de una de esas frases que suelen decir todas las madres para instar a sus hijos a la reproducción genética. Bajo circunstancias normales, Mario ni se hubiera fijado en un comentario de ese estilo. Pero esta circunstancia no tenía nada de normal. Hasta ese momento, él había creído estar de acuerdo con su madre. Había estado convencido de que mamá compartía su actitud de dejar que las cosas sucedieran. ¡Y ahora semejantes declaraciones! Una profesora de arte arruinada que había hecho cuantos disparates se le habían pasado por la cabeza, desde la transición democrática al socialismo hasta la bioagricultura, hablaba como si fuera una agente de Seguros Mapfre. Mario se sentía como si todo su mundo se tambaleara.

Cualquiera lo sabe: cuando uno está mal, solo hace falta que alguien haga un comentario de lo más insustancial para que uno reaccione como un adolescente de catorce años en plena pubertad y plagado de dudas sobre sí mismo. El compañero de piso señala que el café no está particularmente caliente y uno empieza a desarmar la máquina, a examinar los filtros y a desatornillar el enchufe. Una amiga pregunta de dónde salió ese jersey, que tiene un corte que desde hace años que ya no se usa, y esa misma noche uno se pone a vaciar el armario. Uno está al lado del semáforo en bicicleta y un idiota insolente con facha de Gran Canaria mira desde lo alto de su

descapotable e, inmediatamente, a uno lo invade la sensación de que, se mire por donde se mire, se es un fracasado.

Obviamente que, una vez pasada la fallida reunión familiar, Mario no tenía ni la menor intención de verse de pronto viviendo como Wolfgang. Ni como ninguno de sus ex compañeros, que dejaban pasar la vida trabajando como diseñadores gráficos a la espera del gran momento de consagración y charlando sobre la crisis hipotecaria y sobre las últimas y próximas vacaciones. Y, sin embargo, por primera vez en la vida, oía los latidos del reloj biológico. ¿Latidos? Este puto reloj biológico martilleaba como un órgano de Stalin. Su inseguridad se iba convirtiendo en una verdadera crisis existencial, avanzaba a mayor velocidad de lo que abrían y quebraban los Döner Kebap en el barrio.

Sucedió al día siguiente en el Mondo Gastronomico, un sitio histórico del vecindario. A principios de los noventa, una combativa tropa clandestina que había declarado la guerra a la cultura yuppie atacó una serie de antros de gula, entre los cuales también se encontraba el Mondo Gastronomico. Algún que otro cóctel molotov voló en algún que otro restaurante de lujo, la prensa pidió mano dura y la izquierda caviar hizo estallar los ánimos apocalípticos: «Uno ya ni se puede tomar su prosecco en paz». Pero tras un breve invierno de contrapoder proletario, el asunto quedó en el olvido a una velocidad insólita. En abril ya nadie hablaba de los sushi bar como punta de lanza del aburguesamiento solapado. Al contrario. La mayoría de los viejos combatientes se vio cautivada por los templos de la exquisitez, y los medios volvieron nuevamente su atención a formas más usuales de violencia juvenil: fútbol, robos escolares, servicio militar obligatorio. Sólo Mario siguió siendo fiel a los ideales de la lucha de clases. Sin perder tiempo en grandes discursos, continuó dando batalla contra los criminales del refinamiento gourmet implementando la táctica de la punzada china. De esta manera, esa

misma mañana introdujo varias delicatessen italianas en la manga de su cazadora sin que las inocentes estudiantes de detrás del mostrador, sumamente motivadas pero por demás cándidas, notaran la más mínima irregularidad. Los problemas comenzaron nada más salir, cuando Mario sacó de su cazadora un paquete de jamón de Parma. Una morena bastante pintada de veintitantos se alzó delante de él, evidentemente una de esas hijas de inmigrantes sobreasimilados.

«¡Te vi! ¡Sinvergüenza! Es un comercio minorista. ¿Sabes cuánto tiene que currar para ganarse el pan? Se revienta las varices trabajando y de pronto aparece un estudiante de Kreuzberg que vive de desayuno en desayuno...».

«¡Eh!». Para Mario la tolerancia eran palabras mayores. Muy mayores. Todos tenían derecho a expresar su opinión, pero esto iba demasiado lejos. «No soy estudiante. Además, vivimos en Mitte».

La casa no quedaba más que a 50 metros del límite, pero daba lo mismo.

«¡Has robado el jamón! Se lo has quitado a esta gente».

Mario andaba arrastrando los pies por la calle Mariannen, mientras la chica sobreasimilada seguía comiéndole la cabeza. «¡A ti también habría que vaciarte alguna vez tu casa! No, ¡qué digo! Seguro que no hay nada. Deberías trabajar hasta pagar tu culpa. ¡Y después pedirles disculpas a todos! A cada uno de los comerciantes a los que les robaste».

«¡Pfff!». Mario sonreía, ostentoso. Una loca de atar estaba teniendo una recaída, como para mearse de risa.

«Eres un persona adulta, de por lo menos treinta y cuatro. Ya te podrías ganar tu dinero, ¿no? Podrías dignarte a hacerlo como todo el resto de las personas. ¿Por qué no lo haces?».

Eso ya no era tan gracioso. ¿Treinta y cuatro? Nunca nadie le había dicho que parecía de treinta y cuatro.

«¿Así que no gano dinero?».

«Es evidente».

«¿Ah sí? ¿Y qué es lo que lo hace tan evidente?».

«Tu aspecto».

«Ja, ja», Mario rió angustiado.

«A ver, ¿qué haces? ¿Con qué te ganas la vida?».

«Lo que hago es... eh...».

«Cobras asistencia social, ¿no?».

«La asistencia social ya no existe. Ahora se llama Seguro de Desempleo II».

Era insólito: uno había podido vivir treinta y dos años de lo más tranquilo y ahora se aparecían todos al mismo tiempo dando consejos sobre el trabajo y la profesión. Pero con Mario no iba a funcionar. Sin darse la vuelta, desapareció por la calle Adalbert.

Nunca había vuelto a casa tan alterado. Y hacía mucho que tampoco tan cabreado. La última vez que se había sentido así fue cuando la imbécil de Anna resultó ser agente de policía y le hizo quedar como un idiota en todo el barrio (si en aquel entonces al menos él hubiese sido el objetivo de la turra... Pero la chica estaba detrás de Rolf, un sauce llorón barbudo que vivía en la misma casa que Mario y que, en los momentos más desubicados, decía que había que «discutir el asunto más detalladamente» para al final nunca más volver a decir una palabra. Cuando Anna se dio cuenta de que Mario y Rolf, que compartían el baño a media escalera, en realidad no hacían más que discutir si iban a fijar un plan de limpieza común, desapareció. Rolf era partidario de atenerse a un plan, mientras que Mario en ese momento hubiese preferido manejarlo de manera más espontánea. Uy, ¡cómo pasan los años!).

Mario dejó caer las compras sobre la mesa de la cocina. Haciendo un par de ejercicios de respiración de esos que ahora se aconsejaban en cualquier revista de salud y vida sana, Mario hubiera podido recuperar el equilibrio, pero a uno la vida en la WG no le dejaba ni un minuto para dedicarse a ejercicios de respiración. Cuando no había que ocuparse del sueldo de los obreros vecinos o de hacer las compras, había

que encontrarse con que los compañeros de piso estaban ahí bloqueando el paso a la nevera. ¡En bata! ¡A las dos y media de la tarde!

«¡Qué bien! Aquí no había ni un triste huevo». Piet inspeccionaba las cosas que estaban sobre la mesa. «¿Qué has traído? Salami italiano, ¡qué bueno! ¿De dónde lo has sacado?».

«Se llama “ir de compras”».

«¡Y chianti!».

«Montepulciano». Mario se mordió el labio, tenso.

«Metámoslo directamente en el congelador, así después no está tan amargo. ¿Quieres desayunar con nosotros?».

«Son las dos y media».

«Por eso... ya es hora. El salami lo puedes dejar afuera, nos lo vamos a comer ya mismo».

*Nos lo vamos...* En el baño se cayó el secador.

«¿Quién es el que está en el baño?».

«Markus», explicó Piet.

«¿Markus? Pero el de ayer no se llamaba Markus».

«No, el de ayer era Juan».

«Markus... Juan...», repitió Mario haciendo rechinar los dientes.

«Es mejor que no tener ningún tipo de vida amorosa, ¿no?».

No se entendía si el objeto del comentario había sido aludir a Mario, pero fue la gota que colmó el vaso. Mario tiró el jamón sobre la mesa y se fue callado dando grandes pasos rumbo a su habitación. Y para colmo de males, en el pasillo se cruzó con el invitado.

«¡Buenos días! ¡Soy Markus!». Y encima el tipo estaba desnudo. ¡Ni siquiera se había envuelto con una toalla! En lugar de una respuesta, de Mario solo se oyó una especie de gruñido. Cerró la puerta de un golpe.

«¿Y a este qué le pasa?», preguntó la visita de Piet.

«Ni idea».

«¿Serán las hormonas? ¿Cuántos años tiene?».

«Treinta y pico...».

«Y sí, ahí las hormonas ya son todo un tema».

Piet no contestó, se puso a cortar el salami.

«¡Qué bueno! De Calabria».

«Tendríais que ocuparos de él. Creo que tiene un problema».

«Pff, noo... Siempre es así».

Y así fue cómo Mario se quedó solo ante sus grandes dudas. Los compañeros de piso estaban demasiado ocupados con sus cosas: Vasiliy, totalmente compenetrado en la crítica del posestructuralismo; Didi sacaba a su bicho a cagar toda la vereda o se pasaba el día armando cosas en el taller de hobbies que tenía en el altillo; y a Piet lo consumía la pregunta de cómo manejar la compleja dialéctica entre salir y dormir lo más posible. Durante la semana casi no se vieron, hasta que finalmente llegó el día de pago en lo de Patzky, y la WG se reunió con puntualidad a las dos de la tarde para acudir a la cita con el maestro electricista en una estación de metro.

Vasiliy tenía un aspecto un tanto nervioso. «No va a venir».

«Sí va a venir».

«¡Peor! Si viene... es peor».

«No jodas».

«¡Están todos haciendo causa común! Los obreros de la construcción, los Hells Angels, los neonazis... Si tienes un problema con uno, tienes problemas con todos».

«Pero si n-nosot-tros también... estuvimos t-trabajando en un-na obra...», comentó Didi.

«¡Da igual!», lo interrumpió Vasiliy. «Seguro que la última vez se mostró tan solícito porque ahora quería aparecer con su gente y rompernos la...».

«Hey, Vasiliy», advirtió Mario.

«Vosotros no tenéis ni idea de...».

«Buenas».

Era el mismísimo Patzky. ¡En persona! Y no estaba con la temida banda y sus Harley Davidson. No, venía solo. De todas formas, Vasiliy decidió tomar un poco de distancia.

«¿Todo bien?», Patzky emitió una risa afectada. «Lamento haber llegado tarde».

Mario hizo un gesto restándole importancia al asunto. ¿Qué eran un par de minutos comparados con cinco meses de deudas atrasadas?

«No, es que tuve que pasar por el banco... Pero ahora tengo...». Patzky abrió y cerró nervioso la boca un par de veces.

«¿N-no se s-siente... bien?», quiso saber Didi, rebosante de amabilidad.

Piet tomó el sobre que Patzky les estaba extendiendo. En cierta ocasión, Vasiliy había afirmado que el interés de Piet por el dinero tenía sus orígenes en una fase anal problemática: «La avaricia son las ganas de retener». Piet había contestado con una rotunda negación y había pasado a explicar que contar dinero no le gustaba porque lo quisiera retener, sino para mentalizarse de que lo iba a gastar. Y que además la RDA había sido mucho más liberal en cuanto a ir-colectivamente-al-orinal de lo que solían suponer los sociólogos de Alemania occidental.

Por un momento hubo un gran silencio. Cuando Piet había llegado al último billete, Patzky comenzó, de pronto, a tartamudear.

«Sabéis qué... esto... es... eh...».

Mario acercó la cara, en realidad sólo para poder entender mejor a Patzky. «¿Sí?».

«2.300 euros», sentenció Piet.

«¡Sí, sí!», gritó Patzky con miedo.

«¡Es solo la mitad!». Vasiliy, que se había mantenido un tanto aparte, volvió al círculo.

«Bueno, es porque...».

«No pudo reunir todo el dinero», lo ayudó Mario.

En realidad Patzky, a más tardar en ese momento, debería haber notado que la WG no tenía ni la más remota idea de cómo se manejaba el asunto de los cobros de pagos atrasados. ¡Un cobrador profesional nunca hubiese aceptado una excusa de ese tipo! Pero bueno, Patzky justamente era un pequeño maestro electricista, así que los malentendidos siguieron amontonándose de lo más campantes.

«El que me contrató... bueno, es que, en este sector solo están los que contratan, que son contratados para buscar contratistas que...».

«Subcontratación», fue la acotación funcional de Vasiliy.

«Eso, y bueno, lo que pasó fue que el que me contrató estaba un poco justo, y yo no soy más que una subempresa, y ahora...».

Como Patzky estaba tratando otra vez de tomar aire con bastantes dificultades, también fue Mario el que acabó la frase: «... ¿Usted no tiene el dinero?».

«Sí, pero... reclamaciones».

«¿Eh?», Mario se estaba empezando a poner nervioso.

«Le deben... d-dinero», explicó Didi.

«¿Y?».

«Y, bueno...», Patzky bajó la vista. Era una imagen triste. Se parecía un poco al chucho que Didi había tenido antes de U-ushi. Un cocker. Después de dos años, el perro, de tanta depresión, se había tirado abajo de las ruedas de un coche. «Pensé que ustedes quizás podían...».

«¿Sí?».

«Yhh... yo...».

«¿Qué?».

«Bueno... ustedes saben... tienen experiencia». Patzky suspiró.

«¿Experiencia?».

«Sí, recaudando pagos. Pensé que ustedes... podrían ir y...».

Cuando finalmente nos dimos cuenta de a qué se refería, el buen humor se extendió como una ráfaga. De tanta alegría, Piet se dio una palmada en el muslo, Didi acarició a U-ushi detrás de las orejas mostrando una gran sonrisa y Vasiliy, alterado, se dirigió a los transeúntes diciendo (aunque sólo un revendedor de boletos harapiento le prestó su atención usurpada, cosa que bien podía tener que ver con que ya había visto a Piet contando dinero):

«¡Recaudadores! ¡Cobradores!». La voz de Vasiliy casi se quebró. «¡Para una constructora! Qué absurdo. ¡Nosotros! ¡¿Para este?!».

«Les doy un treinta por ciento. Y claro, a los rumanos también les pago lo suyo...».

«La puta. ¿Qué? ¡Cobradores! ¿Qué trabajo es ese?», exclamó Vasiliy interrogando a los presentes.

El tipo de los boletos no contestó. Pero uno de los chicos que pasaba, un chaval con la cabeza cubierta con un pañuelo y una cazadora militar, puso cara de sabelotodo.

La WG estaba sumamente alborozada, sólo Mario pensaba concentrado.

«Treinta por ciento», dijo finalmente. «¿De cuánto estamos hablando?».

Sus compañeros de piso lo miraron atónitos.

«Bueno, por ejemplo uno de ellos me debe 20.000».

«6.000», calculó Mario a toda velocidad.



SEGUNDO CAPÍTULO  
EN EL QUE LA PARENTELA DERROTA AL CITIBANK Y  
MARIO NO SE VE OBLIGADO A TENER SEXO

OBVIAMENTE, LA IDEA DE COBRAR DEUDAS era de lo más estúpida, pero como se le había ocurrido a Mario, enseguida había surgido una serie de argumentos contundentes: los rumanos obtendrían el resto de su paga, en la cocina volvería a reinar la paz, la WG podría volverse a comprar alguna que otra cosa y Mario no tendría que aguantar que le hicieran reproches sobre su situación económica.

Los primeros encargos llevaron a la WG a barrios de cuya existencia hasta ese momento no tenían más que una idea bastante vaga: Gatow, Frohnau, Weißensee. E independientemente de que se tratara de distendidos arquitectos cocainómanos con empapelados de Warhol, cava de vinos y novias veinte años más jóvenes que ellos o de magnates ya un poco más arrugados, la WG siempre mostraba esa mezcla característica de determinación y leve confusión que hacía que cualquier deudor, hasta los más tenaces, se mostraran dispuestos a cooperar de una manera casi sumisa. Una de dos: o el sector de la construcción no estaba tan curado de espanto como se decía o la WG reflejaba a la perfección el lúgubre concepto del horror que tenían sus clientes. Sea como fuere, el caso es

que se ocupaban de cobrar el dinero de las cuentas pendientes de Patzky, y no solo los vecinos bucarescos que habitaban el contenedor amueblado en la vieja zona del muro, sino también los propios miembros de la WG se vieron gozando de una prosperidad inesperada. El reproductor de videos, que patinaba, fue reemplazado por un modelo más reciente; Vasily pudo completar su colección sobre el debate epistemológico de Lévi-Strauss y Piet se dedicó a engullir golosinas hasta que, preocupado por su figura, empezó a vomitar. Organizaron una excursión al mar Báltico, adquirieron un elemento ya no tan de moda, pero de lo más vistoso: un monopatín para hacer las compras en la calle central, e incluso hicieron una pequeña fiesta que, cabe señalar, resultó ser más tranquila de lo que se esperaba porque Mario le pidió a Ganea que tocara algo, y el rumano, en lugar de meter bulla con los ruidos usuales de los Balcanes, optó por presentar una obra de John Cage para caja de fósforos y dos guijarros medianos. La pieza se componía principalmente de pausas.

«¿Qué mierda es eso?», preguntó Mario, molesto.

«Es John Cage», explicó Vasily.

«¿Yon Queich?».

«Música contemporánea».

«¡La madre que lo parió! Que toque algo rumano».

«Qué idiota que eres».

«¿Por qué soy yo el idiota mientras él está tocando pausas?».

«No son pausas, son experiencias sonoras».

«Hablas como el idiota de mi hermano».

Hacer alusión al hermano no estaba fuera de lugar, porque no solo Mario podía divisar en el horizonte el comienzo de una nueva etapa en su vida, sino que a Wolfgang también le estaban pasando cosas inopinadas que cobrarían cierta importancia en el desarrollo ulterior de los acontecimientos.

El asunto tenía que ver con Tomimoto, el hijo mayor de Wolfgang; en realidad hijastro, porque era fruto del matri-

monio tan corto como insignificante de la ex novia de Wolfgang Johanna con el sociólogo industrial de Bielefeld Hannes, que originariamente hubiera querido figurar entre los artistas de cine, pero había cambiado súbitamente de rumbo pasando a dedicarse a la televisión amarilla. El tipo que, como productor, en vez de promover obras vanguardistas había enriquecido el patrimonio cultural con películas de sexo-sobre-el-lavarropas, resultó ser de una estrechez de miras tal que hasta Johanna, que tampoco era precisamente un astro deslumbrante en el firmamento de la intelectualidad, lo echó de la casa a los pocos meses.

Wolfgang, que por entonces se encontraba en los comienzos de su carrera empresario-familiar, conoció a la mujer en el metro, acompañada de su hijo, en el momento en que esta se hallaba compungida por la separación. Improvisó unas frases sobre la expresividad de la pintura infantil y no pasaron ni tres horas que ya le estaba dando la bienvenida a la joven madre en su colchón de fibra de coco. Wolfgang, que siguiendo el espíritu ilustrado, asumió la «paternidad social» del chico, una obligación que para él continuó teniendo vigencia cuando Johanna, a los dos años, conoció a un músico de Río que, según ella, «era impresionante cómo te hacía sentir la onda latina». Como además Wolfgang opinaba que Johanna y él ya no disfrutaban en la cama, decidió no ofrecer resistencia. Se separaron de común acuerdo, en la medida en que esto es posible en medio de las inevitables mortificaciones que se suscitan al finalizar una relación, y el contacto siguió existiendo a nivel comercial a través de la Calle Birken Soc. Ltda. & Co. S. en C. Johanna pasaba por la oficina una vez por semana, firmaba cartas y, a cambio, dejaba tras su paso a Tomimoto, que, cuando no estaba estudiando historietas de Mickey Mouse o volándole el cerebro en la playstation a, según la opción, extraterrestres, árabes o a tipos que andaban en una Harley Davidson, solía ensimismarse, fundamentalmente haciendo cosas en su ordenador portátil. En términos

generales, se podría decir que la relación entre padrastro e hijastro no era problemática; en otras palabras: estaba pautada por la indiferencia, de manera que, en el día del vis a vis familiar, cada uno podía hacer lo que fuera de su propio interés: Wolfgang hacía llamadas o concebía exposiciones, mientras Tomimoto se sentaba delante de la pantalla del ordenador o de la televisión a profundizar sus conocimientos de Java y Star Trek. A lo sumo, la única razón que daba para algo así como una pelea era la decisión sobre si pedían comida china o pizza donde el libanés de la esquina, y así era como en Wolfgang fue creciendo la engañosa impresión de ser una persona de confianza para el chico, cosa que lo llenaba de un orgullo tal que si alguno de sus socios llegaba aunque fuera a tocar el tema de la familia, él sacaba de inmediato del bolsillo las fotos de «su hijo mayor» ya casi como por reflejo.

«Mi hijo... sabe programar».

«Ajá...».

«Es un verdadero *nerd*».

«Estos jóvenes son...».

«Sí, yo también fui siempre bueno en matemáticas».

Obnubilado por la tiranía empresarial de su imperio, que no le daba ni respiro, lo que Wolfgang no vio fue que Tomimoto afrontaba todo tipo de horribles problemas adolescentes. Empezando por el nombre. Sus padres ni se habían preguntado qué significaba tener que ir por la vida con una denominación que podía pasar por una marca asiática de ketchup. Sí, incluso la madre ni siquiera podía responder con seguridad a la pregunta de si Tomimoto en japonés era un nombre o un apellido. «La melodía» del nombre, tales eran las declaraciones de Johanna, era lo que había deslumbrado a los jóvenes padres. Como si una familia fuera un producto a comercializar y no una sencilla relación de parentesco. A esto se le sumaban los problemas de comunicación de Tomimoto con otros adolescentes, un acné galopante e imposible de contener y unos accesos esporádicos de desgana frente a los cua-

les hasta un *Bradypus variegatus* hubiera sido sospechoso de hiperactividad. A veces Tomimoto no salía de casa en toda la semana. Al llegar de la escuela se apoltronaba en el sillón y miraba el mismo capítulo de los Simpson por enésima vez. Lo único que realmente le fascinaba eran los ordenadores. Tomimoto era uno de esos niños prodigio que le hubiese gustado ser al trepa de Bill Gates, hombre de poco talento pero también de pocos escrúpulos. A los diez ya había escrito su primer programa, a los doce había ideado la página web de la escuela, y a los trece había configurado la red de la empresa de Wolfgang. En cambio, en los últimos meses Tomimoto parecía volcar su talento en juegos en red aparentemente inteligentes, fenómeno que llevaba a su madre a suponer, recurriendo a la psicología casera, que el chico debía disfrutar de su niñez antes de que fuera demasiado tarde.

«No es más que un niño».

Es evidente que la combinación de pasar desapercibido y tener hobbies de abordaje no tan sencillo fue el motivo por el cual todos los integrantes de la familia, hasta ese momento, habían creído que Tomimoto era un «tipo genial»: introvertido y de una destreza motriz aún no del todo desarrollada, pero en el fondo simpático. Un tremendo malentendido... esa sería la revelación del día.

Era un jueves por la tarde y Wolfgang estaba sentado mirando un catálogo de arte / el extracto de cuenta bancaria / un escrito notarial que había de verificar / la lista de tareas pendientes (en cierta ocasión había oído que el pensamiento polimorfo era bueno para evitar la demencia senil), cuando Johanna irrumpió agitada en la oficina de su ex pareja, pasó rasando por delante de Martina y su pecho protuberante (la secretaria, a pesar de sus formas, nunca había pasado de ser un *affaire* secundario) y finalmente se detuvo, sin aliento, delante de la mesa rústica escocesa que Wolfgang había elegido como escritorio.

Para lo que era Wolfgang, el recibimiento fue de lo más cordial.

«Johanna, ¡qué alegría verte por aquí! Justo te quería llamar. Tienes que firmar uno de esos certificados que...».

«Tomimoto...».

«¡Martina!». Wolfgang había leído en una guía de consejos sobre gestión de personal que impostar un poco la voz al estilo cuartel no le venía nada mal al ambiente de las pequeñas empresas.

«Entró en el Citibank...», retomó la frase Johanna.

«¿Johanna está autorizada a firmar para la Birken Soc. Ltda. o para la Pückler Soc. Ltda & Co S. en C.?».

«¡La Pückler es una SAA!», contestó Martina de un grito.

«¿Una SAA? ¡Pero qué estás diciendo!». Wolfgang saltó y se encaminó hacia el antedespacho. «¡¡Ni siquiera tenemos una SAA!! Se puede saber por qué aquí uno tiene que hacer todo...».

«¡Wolfgang!». Ahora Johanna también había levantado considerablemente la voz. «¡Crackeo el ordenador central!».

Por fin Wolfgang se detuvo. «¿Que hizo qué?».

«Entró en el ordenador central del Citibank y...».

«¿Un hacker?». Por un instante Wolfgang se sintió colmado de un orgullo infinito. No había aportado ni un adaptador de cable a que este milagro informático fuera realidad, pero eso era parte del repertorio estándar de Wolfgang: anotar las cosas buenas en su propio librito y echarle la culpa de las malas a la incapacidad de los colaboradores, a la coyuntura o a los insaciables inquilinos.

«No sé qué...».

«¡Excelente!». Wolfgang batió las palmas. «Le van a llover ofertas, va a ganar hasta por los codos y tú por fin te vas a poder comprar la casa que...».

«¡Nos mandaron un mandamiento de pago! ¡De 250.000!».

De pronto Wolfgang se puso igual de pálido que su ex: «Dios mío».

Wolfgang era lo suficientemente versado en cuestiones de pagos por daños y perjuicios como para saber que un mandamiento de pago no era mucho más que una medida de recaudación de fondos a la que recurren abogados que le buscan la quinta pata al gato. Eso lo sabía cualquier abogaducho de poca monta. Pero, por otro lado, la suma de la orden dejaba en claro que no se trataba de un asunto menor. Independientemente de que al banco le aprobaran o no la reclamación lo que era seguro es que, ya solo por el importe en cuestión, todas las reservas de liquidez de su entramado comercial se esfumarían. ¡Si es que era verdad! No podía ser verdad.

«¿Desde cuándo?», preguntó Wolfgang.

«¡Qué sé yo!», Johanna sollozaba. «Yo creía que eran juegos de ordenador».

«¡¿Juegos de ordenador?! ¿Cómo puedes ser tan tonta de no darte cuenta si alguien está jugando al ordenador o crackeando una central?».

«Pero», Johanna lo miró prudentemente, «tú tampoco te diste cuenta».

Wolfgang enmudeció. «¡Putra madre!». Empezó a temblar de pies a cabeza. «Si ahora registran mi casa... ¡Martina!», gritó hacia la recepción. «¡Alguien tiene que sacar el ordenador de mi casa!».

Pero en la recepción no se le oía. Gracias a la pesada puerta de metal que había hecho colocar para «poder escuchar de vez en cuando música en serio».

«Ahí tengo guardados los balances... y la cuenta especial...». Apoyó la frente sobre la pared, que estaba fresca. La verdad es que una pared así de fresca valía oro. «¡Martina, déjalo! ¡Yo me voy a ocupar de buscar el ordenador!».

«¿Qué vas a hacer?». Por fin, la secretaria se asomó por la puerta. Ver al jefe tan turbado la asustó. Ya se había visto que el negocio iba a acabar en bancarrota, pero en realidad le hubiera gustado quedarse en ese trabajo hasta la mitad del

año que viene. Ya el tema del seguro de desempleo era una buena razón. «Estás muy pálido. ¿Quieres tomar algo?».

«No, gracias», contestó Wolfgang con aspereza. Ni compasión, ni proximidad. Y menos con la chismosa de Martina. Si se llegaba a enterar del tema de la cuenta especial, ese mismo día la novedad recorrería la mitad del mundo inmobiliario local. «Aquí todo está bajo control... no hay nada interesante. ¡Vuelve a tu escritorio y haz tu trabajo!».

Martina dio media vuelta sin decir ni una palabra. Ya conocía este tipo de escenas. Primero la llamaban, después la mandaban de inmediato de regreso, y a los diez minutos el jefe se aparecía con el rabo entre las patas para presentar sus exuberantes disculpas. Un espectáculo bastante indecoroso.

«No robó nada». Las puntas de los dedos de Johanna revoloteaban en los bolsillos de la cazadora. «Sólo les instaló un programa... Dice que fragmenta los depósitos entrantes y los reparte en otras cuentas...».

«¿Cuentas?». Wolfgang se desplomó sobre una silla. «¿Qué cuentas?».

«Cuentas... no sé qué cuentas».

Increíble. Ese no podía ser su hijo. «¡Qué pedazo de idiota!».

«Pero no lo hizo en beneficio propio. Y el abogado dice que no se condena a chicos de su edad».

La guía de consejos sobre gestión del personal también decía: «en las situaciones de estrés, deje salir la agresión». Que eso reducía el peligro de tener enfermedades cardiovasculares.

Wolfgang dejó caer la cabeza hacia atrás y arrojó el pisapapeles contra la pared. Bueno, en realidad no era un pisapapeles, sino un objeto artístico. De Rosenstein. Valía una fortuna. Pero, ¡qué importancia tenía una fortuna comparada con los problemas cardiovasculares! «¡Todo porque es un huracán y se pasa la vida encerrado! Si saliera más se desquitaría igual que los otros adolescentes. Rompería ventanas o se liaría a

tortas con sus compañeros... Pero tú siempre lo tienes que consentir».

«¡¿Yo?!». Johanna pegó un chillido. «¿Quién es el que no sale con él porque está todo el tiempo curateando exposiciones, eh?».

«Se dice “curando”».

«¡Da igual! ¡No te ocupas!».

«¿Acaso yo lo engendré?».

«¡Pero tú también lo criaste!».

«¿¿¿Yo??? ¡Yo no lo crié!».

«¡Eso es lo que te estoy diciendo!».

A la hora, Wolfgang estaba delante de la puerta de Mario. Era la primera visita que le hacía a su hermano menor en casi tres años. Mario se estaba probando unos pantalones que se había agenciado esa mañana después de que Piet hubiera dicho que la gente que seguía vistiéndose como a principios de los noventa no iba ni para atrás ni para adelante: «Salvo que tengan una onda retro. Pero la mayoría no tiene una onda retro, directamente no tiene ninguna onda».

«¿Qué haces por aquí? ¿Algún problema con mamá?».

«No, andaba por aquí y pensé que podía pasar...».

«Ah...». Mario observó a su hermano mayor con poca confianza. Cada vez que Wolfgang hacía aparición había algo que andaba mal: quería que lo ayudaran con la mudanza de alguna de sus ex esposas, que le regaran las plantas mientras se encontraba de viaje de negocios en Venecia (¡de negocios!, ¡en Venecia!), o el tema era su gato (el felino padecía de pérdida de cabello), que necesitaba quien le diera albergue durante unos días porque uno de esos geniales artistas alérgicos de Nueva York venía a instalar unos inmensos cubos de metal oxidado.

«¿Tenéis algo para beber?». Típico de Wolfgang: junta los millones con pala pero es tan tacaño que no se compra ni una latita de Coca por el camino. «Tengo una sed tremenda».

«En la nevera», contestó Mario visiblemente molesto.

Wolfgang caminaba en vaivén por el salón. Una vez mamá había contado que su hijo mayor, a una temprana edad, era un gran talento de la gimnasia rítmica: hacer volar pelotitas por los aires, saludar con banderines de papel, dar unos vistosos saltos, cosas así. Pero ahora ni rastro de ese talento. Ahora la motricidad de Wolfgang recordaba más bien a la de un pato: un torso convexo sobre patitas flaquitas.

«Zum de naranja, ¡qué bueno...! Es de Aldi, ¿no...? Yo también voy ahí a hacer las compras... si está claro que lo de las marcas es puro cuento... ¡qué capitalismo de mierda!».

Wolfgang tomó un vaso del estante, lo repasó con la manga y se sirvió. Para satisfacción de Mario, en el zumo flotaba una especie de grumos. «Agggh, ¡está podrido!... ¡Qué asco!... ¡Por Dios! ¡Me da arcadas...! Lo voy a tirar, ¡¿vale?! O sea, aquí nadie se lo va a beber, ¿no? ¿O aquí alguno lo va a querer beber?». Wolfgang hacía gestos y se frotaba la garganta con un apremio teatral.

«No, aquí tampoco lo va a beber nadie».

«Primero me voy a sentar...». Wolfgang se desplomó en la silla. Realmente ni la menor reminiscencia de la gimnasia rítmica. «Necesito tu ayuda».

Mario lo miró fijamente. A pocos milímetros por encima de los ojos, justo en el lugar que más les incomoda a todos.

«Ya sé, el tipo ese que suelda las chapas va a venir de visita».

«¿Eh...? ¿Qué...? Ah, tú dices Rosenstein. ¿Por qué Rosenstein...?». Por un momento pareció que Wolfgang había perdido el hilo. «No, no, no es por el gato... es por algo realmente serio».

¿Realmente serio? Mario se sobresaltó. ¡Los cobros! Wolfgang tenía algún vínculo con los deudores de Patzky. O él mismo le debía algo. No habían pasado ni dos semanas y ya se estaban fastidiando. «¡Patzky! ¿Conoces a Patzky!».

«¿Patzky?». Wolfgang puso cara de confusión total. «¿Y ese quién es?».

«Un electricista...».

«No, no, nosotros no tenemos nada que ver con cosas eléctricas. Con todo eso hacemos subcontratación».

Mario respiró aliviado. Al final lo de la subcontratación también tenía su lado positivo.

«No... se trata de Tomimoto».

«¿De Tomiqué?».

«Mi hijo».

Mario asintió. «Ah, sí, Gudrun».

«No, Johanna».

«¿La que tiene la casa en Grecia?».

«No, la morena... no importa. En definitiva, ¿tú piensas que nosotros antes teníamos problemas de comunicación?».

«¿Qué?». Ahora a Mario le llevó un instante entender. Caviló. No, la verdad es que hasta que Wolfgang empezó a tirarse sangre de cerdo por la cabeza, todo había sido normal. Es decir, lo que suele ser normal en el marco de una familia. «No. ¿Por qué lo preguntas?».

«Creo que esos problemas pasan... de generación en generación. Y entonces uno tiene que hacer algo... intervenir de alguna manera, ¿entiendes?».

Mario no entendía absolutamente nada.

«Para procesarlo y superarlo. Esas son cosas que se enquistan muy adentro y generan un desequilibrio en la relación cuerpo y alma...».

«¿Cuerpo y alma?».

«Sí, la relación cuerpo y alma siempre se ve muy afectada por ese tipo de cosas».

Era como para no creerlo. Durante trescientos sesenta y cuatro días al año Wolfgang no tenía otra cosa en la cabeza que precios de terrenos y créditos inmobiliarios, y de pronto se presentaba diciendo idioteces esotéricas.

«¿Qué es lo que pasa con Tomi... eh... cuánto...?». Mario intentó que la conversación retomara su cauce temático.

«Tomimoto». Wolfgang suspiró. «La ha liado. Pero ese no es el verdadero problema. En realidad el problema es que no tenemos... que en realidad no nos comunicamos». Tomó aire. «¿Qué?».

«Toda la familia. Nuestra comunicación es bastante pobre, ¿entiendes?... Tenemos que volver a hablar más entre nosotros, entre todos... Una familia siempre tiene que ser un apoyo, ¿no?».

La familia. Lo único que faltaba. Que el gato calvo viniera más a menudo, encontrarse a cenar todas las semanas y, para rematarla, tener que adentrarse en las insondables relaciones pre y posconyugales de Wolfgang.

«Pero si tú hablas con él», fue el intento de Mario por salvar su pellejo. «Va muy a menudo a tu casa. Tú te ocupas de él».

«Sí, pero creo que necesita una persona de confianza... A esa edad lo que se quiere tener son modelos... ejemplos masculinos, ¿sabes? Y el padre no es el más indicado. A esa edad uno quiere marcar los límites hacia el padre».

«Ah, ahora entiendo, ¿se lleva mal con el músico brasileño?».

Wolfgang miró como lleno de asombro. «No, ¿por? Conmigo».

«Ah, ¡tú eres el padre!».

«No, el padre es el productor de televisión, pero él creció conmigo».

«Y..., ¿quiere distanciarse y diferenciarse de ti?».

«Sí, eso. Tomimoto. Y por eso pensé que tú a lo mejor podías...». Wolfgang hizo una pausa elocuente. «Necesita que alguien lo guíe, alguien que lo pueda reorientar, con el que se pueda desarrollar, probar cosas».

«Robar caballos», comentó Mario, abúlico.

Wolfgang aplaudió. «¡Exactamente! Tú tienes experiencia con esas cosas. Tú eres su tío, podrías ser lo que uno en la pubertad no quiere del padre. Un *role model*».

«*Role model*», repitió Mario apático.

No iba a hacer ni loco de *role model* para el hijastro de su hermanastro mareado. Atender a un neurótico de catorce años no solo era una forma incluso más deshonrosa de pasar el tiempo libre que ocupándose del gato pierdepelambre de Wolfgang, sino que encima Mario directamente ya no tenía tiempo para andar detrás de caprichos familiares. La WG estaba cubierta de compromisos, se estaba yendo para arriba, haciendo una carrera que hacía temblar de envidia a cualquier película de Al Pacino: era sexy. Pero no sexy al estilo marcador de tendencias con el que hoy en día se recauchutan hasta las actividades más idiotas (*callcenter*, comercio en Bolsa, diseño web), sino sexy en el verdadero sentido de la palabra: una tarea distendida, despreocupada y muy variada.

Mario y sus compañeros habían desarrollado una rutina de trabajo con una velocidad sorprendente. La parejita de diseñadores que se había excedido al importar un contenedor de baldosas terracota demostró ser tan dócil como el propietario aburguesado de la casa prefabricada que ya empezaba a clamar piedad antes de que la WG hubiese tocado el timbre. De una u otra forma, los cuatro siempre daban en la tecla. Y así fue como el negocio se fue desarrollando de una manera formidable. Todas las semanas, el maestro electricista Patzky tenía lista una serie de direcciones nuevas; en la WG fueron apareciendo prácticos elementos de contornos cada vez más hermosos para incrementar la comodidad de la casa, y Mario creyó haber recobrado el equilibrio interno para siempre.

Pero era como una maldición. Cada vez que le parecía haber dejado atrás un precipicio, brotaba como de la nada el próximo.

Era una mañana tibia, levemente nublada de comienzos de verano, cuando el horror pasó al siguiente nivel. El barrio mostraba su mejor cara: debajo de las vías en suspensión de la calle Skalitzer estaban los tipos de cadenita dorada en medio del atasco, sentados en sus descapotables; en las ventanas de los edificios de la zona, las jubiladas sacudían alfombras de baño; en el Aldi de la esquina había un par de punks vomitando en el pasillo de la entrada; y en el puestito de sandwiches de la Heinrichplatz, la del negocio de cáñamo se peleaba con el tipo del headshop.

Mario, delante de un local nuevo de regalos, estaba a punto de meterse en la manga unas gafas oscuras con pinta de estrella de cine cuando de pronto a sus espaldas retumbó una aterradora voz de mujer.

«¡Hooooo!».

Se dio la vuelta y se sobresaltó. Por Dios, era la misma que lo había mortificado hace algunos días a la salida del negocio de delicatessen, la turra asimilada y polizante por hobby que había decidido que su objetivo iba a ser defender a los minoristas. ¡Justo esa!

«¿Qué andas haciendo?».

Mario se mordió el labio. No había nada más inútil que ser atrapado robando unas gafas de sol.

«¿Por qué haces preguntas estúpidas?».

Si lo pescaban, al menos que fuera con dignidad.

«Así, sin más...». La mujer puso cara de fastidio.

Mario respiró profundamente. Por lo menos no pegaba. Él la hubiese creído capaz de hacer un escándalo en el acto.

«¿Y qué?».

«¿Cómo, y qué?», preguntó la mujer.

«Qué, venga, échate el sermón».

«¿Sermón?».

Por fin Mario se dio cuenta. La tía ni se había dado cuenta de lo de las gafas. Solo le había hablado así porque sí.

«Da igual».

«Qué casualidad volvernos a encontrar así».

«Es verdad. Una casualidad impresionante», confirmó Mario.

«No hubiera creído que iba a pasar. La última vez pensé que no nos íbamos a ver nunca más y...».

«¡Sí!». Mario agarró su bicicleta, que estaba apoyada contra la pared.

La mujer seguía sonriendo. Mejor dicho, enseñaba todos los dientes. Era uno de esos vicios que se habían puesto de moda con la televisión por cable, donde tenían que sonreír de manera tan desvergonzada para que hasta el espectador más retrasado entendiera cuándo se tenía que alegrar. Muecas insufribles..

«Ah, mira, este es mi negocio nuevo».

«Ah...».

Eso lo explicaba todo. ¡Un comercio al por menor! Por eso estaba tan alterada.

Mario se subió de un salto a la bici y quería emprender la retirada cuando se percató del nuevo obstáculo, ubicado a unos ciento cincuenta metros. En la Heinrichplatz, la policía había cortado una calle. No hacía ni dos minutos que estaban controlando y ya había un tropel de jóvenes sudando la gota gorda al lado de la camioneta, mientras un grupo de agentes barrigudos que evidentemente ya no podían ser destinados a operaciones policiales de cierta seriedad pasaban números de cuadros de bicicletas por radio. ¿Acaso los guardianes de la ley ya no tenían nada más que hacer? ¿Ya no se cometían delitos de verdad?

«¡Pero la puta!».

Mario se dio la vuelta para largarse por la calle Wiener. «Ni lo intentes». La minorista supo reconocer de un vistazo cuál era la situación. «Allá también hay, de paisano».

Y así era: en el cruce sudeste deambulaba un grupito de unos treinta años en zapatillas y con un puto transmisor en el oído.

«Robar bicicletas es de cuarta».

«Robar, robar, robar... Pareces un disco rayado. Además, eso ya es de segunda».

«Buscar excusas no te sirve de nada. Jurídicamente el encubrimiento sale igual a un robo».

La indignación de Mario se calmó un poco. Bueno, la chica tenía la mala costumbre de meterse constantemente en asuntos ajenos y exhibía una calamitosa sonrisa de televisión por cable. Pero también parecía darse cierta cuenta de cómo funcionaban las cosas.

«¿Hay algo más que tengas dando vueltas?».

«¿Cómo, dando vueltas?».

«Alguna condena».

«¿Sería de tu incumbencia?».

«No».

Una respuesta impecable.

«Por falsificación de cheques», admitió Mario resoplando.

«¿Contra un comercio minorista?».

«¡No!». Eso de que lo estuviera acusando permanentemente era muy molesto. «Contra el Deutsche Bank».

«Ven, ¡entra!».

Mario estaba perplejo.

«En el negocio», siguió la chica.

«¿Por?».

«Para que no te agarre la policía. ¿Para qué va a ser?».

Mario gimoteó. Bastaba con entrar en contacto fugaz con uno de estos usureros que vienen y desmantelan el barrio de tanto aburguesamiento y ya había que dejarse ayudar por esta clase de gentuza. Colmado de repulsión, se echó la bicicleta al hombro y, siguiendo a la mujer, entró en el negocio. En materia de mal gusto, la tienda podía competir con cualquier puestucho de souvenirs de Mallorca: explotaban al cliente con cachivaches de plástico, postales hiperbromistas y camisetas del tipo para-esta-barriga-se-necesitaron-muchos-cuidados. Si la chica por lo menos hubiera tenido una verdu-

lería. Un kiosko de diarios, un local de comida turca, un salón de peluquería... cualquier cosa que pudiera necesitar una persona normal. Pero un negocio de obsequios que encima se llamaba Britta's shop.

«¿Tú eres Britta?».

«¿Por? ¿De dónde has sacado eso?».

«Es lo que pone encima de la puerta».

«Me llamo Melek».

«¿Y entonces por qué el negocio se llama "Britta y su tienda de regalitos"?».

«Porque a los turistas les parece más auténtico. Quieren Berlín en original, y aquí se lo damos, ¿entiendes?».

«Pero Melek también es...».

«No, no. Esa idea ya la discutí mucho con mi asesor comercial».

*Asesor comercial.*

Mario ya no sabía qué hacer. Esta mujer acababa de salvarlo de que se metiera en serios problemas y, sin embargo, no sentía hacia ella ni el menor agradecimiento. Bueno, o sea que no estaba nada mal que no pasara nada a nivel amoroso. Más valía no tener ningún amorío que se te colgara una así. Pero, ¿por qué se le había ocurrido pensar ahora en eso?

Mario se dejó caer agotado en la silla que estaba justo al lado de la estantería de los corazones con inscripciones en azúcar.

*¡Corazones con inscripciones en azúcar!*

«Hey, estás superpálido. ¿Quieres un vaso de agua? La policía no te tiene que dar miedo. Aquí no pueden entrar».

«No tengo...».

«Te voy a traer un té. Eso te va a devolver el ánimo. Un buen té turco, nada de agua de segunda». La minorista desapareció en dirección a la cocina y volvió poco después con un vasito lleno. «La gente suele decir que no hay como el café para despertarse, pero es pura mentira. El té. Un té rico, fuer-

te del samaver. ¡Eso es lo bueno! ¿Sabías que samovar en turco se dice samaver?».

Mario extendió el brazo para recibir el vaso de té y una vez más volvió a sobresaltarse. ¡Las gafas robadas estaban asomando por la manga! La verdad es que era una costumbre bastante idiota eso de andar apropiándose de todo lo que no estuviese sujeto al estante.

Pero Melek no notó lo de las gafas. Observaba a los policías en la calle, que seguían deteniendo y apartando ciclistas.

«Mejor sería que estuvieran matando nazis. O haciendo algo contra islamistas. ¿Te gusta el té?».

«El té es...», Mario levantó el dedo gordo. La mano le temblaba como la hoja de un árbol.

«¡Ves! Si quieres tener el mismo efecto tomando café, te tienes que meter una jarra entera. Y hablando de meterte, ¿en general qué haces? Digo, cuando no estás robando salami».

«Bueno, yo...», empezó a decir Mario.

Pero a Melek tampoco parecía interesarle demasiado. «¿Y tus padres? ¿Tienes hermanos? ¿Qué hacen? ¿Y novia? ¿Tienes novia?».

Y listo. A pesar del éxito económico, la inconformidad volvió a hacer súbita aparición. En otra wg Mario hubiese podido hablar sobre lo que le pasaba, sobre su susceptibilidad, sus nervios, sobre la sensación de que todos parecían no querer dejarlo en paz. Pero en esta wg no había oportunidad para tener conversaciones de ese tipo. En realidad, en casa no había oportunidad para nada.

«¿Y eso, qué es?».

Piet estaba en su habitación armando una gran estructura de aluminio, una construcción que parecía evocar una máquina de imprimir. O una grúa. O una cortadora de césped tipo minitractor.

«Buenísimo, ¿no? Es multiusos», explicó Piet. «Es que hay partes, por ejemplo en la zona del diafragma, que son muy difíciles de moldear».

«Ah, ¿sí?».

«Actualmente, en la mayoría de los casos el diafragma es el talón de Aquiles. Así es. ¿Qué opinas? ¿Esto dónde irá?». Piet sostenía una correa de goma mientras examinaba las instrucciones. «¡Qué mierda! Seguro que esta es una pieza clave».

Mario dio media vuelta. Desde que tenían dinero, Piet iba de mal en peor. No solo seguía durmiendo hasta la tarde como antes, desatendía las tareas del hogar y se zampaba todas las compras, sino que ahora también remolcaba todo tipo de objetos que bloqueaban el pasillo. Al final, la casa iba a convertirse en un engendro híbrido con aires de centro aeróbico y bar kitsch.

Y Piet no era el único cohabitante al que le faltaba un hervor. Didi estaba parado en el comedor, con la cabeza apoyada en la ventana, dando profundos suspiros.

«¿Y ahora qué es lo que pasa?», preguntó Mario.

«A-allá...», dijo Didi señalando por la ventana hacia el otro lado de la calle. No se veía nada. Nada aparte de un par de bicicletas viejas encalladas, montículos caninos y una lavadora en desuso.

«Una lavadora vieja», comentó Mario, austero.

«E-el n-negocio».

Una verdulería. Siempre había estado ahí.

«N-no... va nadie».

Bueno, eso era cierto. El local tenía un aspecto bastante desahuciado: una escalerita con verduras, cinco panes blancos, un par de latas de garbanzos cubiertas de polvo. A decir verdad, Mario nunca había visto a nadie comprando algo ahí. Pero es que también esa parte norte de la calle Adalbert estaba medio perdida en la selva urbana. Todos los negocios de los alrededores andaban un tanto abandonados. Los dos.

«Y bueh, es un negocio sin clientes».

«M-mira la cara d-de triste que tiene...».

«No es de triste, es de flaco».

«Deberíamos ir más a menudo a comprarle a él».

«Si el dueño quisiera que le compraran, haría propaganda. A lo mejor le gusta estar un poco más tranquilo».

*Más tranquilo*, qué bien sonaba eso. Una verdulería así a medio gas; quizás eso era lo que le vendría bien a Mario.

«No, no... el tipo no está tranquilo, está s-solo. A partir de ahora le vamos a comprar siempre a él. Porque al final ahora ya no t-tenemos que seguir robando en el negocio de las delicatessen... Ahora podemos hacer las compras como c-cualquiera, ¿no?».

«¡Por favor!». Mario estaba empezando a alterarse. «La soledad no siempre hace mal. Hay gente a la que le encanta. Algunos...».

Enmudeció. Delante de la verdulería frenó un coche, un todoterreno, uno de esos vehículos que uno se compra cuando la pareja está embarazada. Un modelo familiar. ¡Y le resultaba conocido!

«Creo que... él n-no tiene familia aquí...». Didi se había quedado en el capítulo de la verdulería.

«Familia...». Mario se sentía muy débil. Del coche bajó un chico un poco rellenito, de unos catorce años. Se acercó al edificio, se le podía oír arrastrándose por la entrada.

No pasaron ni treinta segundos. Sonó el timbre de la puerta del apartamento. Piet abrió, el chico entró, se sentó sin decir ni una palabra en el sofá delante de la tele, y tomó el mando a distancia.

«¿Tú lo conoces?». Piet estaba visiblemente irritado. «Dice que hoy se tiene que quedar aquí con nosotros».

«Sí». Una respuesta por lo bajo, casi un gemido. «Es mi sobrino».

«¿T-tu sobrino?». Didi dio un paso en dirección hacia la visita adolescente.

«¿Y... c-cómo te llamas?».

Ni un gesto de respuesta.

«Yo s-soy... Didi».

Mientras Tomimoto empezaba a cambiar de un canal a otro, Mario respiró profundamente y se encaminó decidido hacia el teléfono. A las pocas fracciones de segundo su hermano estaba al otro lado de la línea.

«¡Wolfgang!». La voz de Mario se quebró. «¡Eres un hijo de puta, eh! ¿Tú te crees que puedes venir y depositar aquí a tu retoño perturbado? ¡No somos el Ejército de Salvación!».

Piet y Didi miraron espantados a su compañero. En cambio a Tomimoto el intercambio parecía no molestarle en absoluto. Estaba sentado de lo más tranquilo delante de la televisión, mirando al mismo tiempo una comedia de situación y dos programas sobre animales.

«Ajá, así que ese era tu plan. ¿Sabes qué eres? ¡Un psicópata ególatra! ¡Eso es lo que eres!». Mario tiró el teléfono de un golpe.

«A mí... t-también me gusta ver esa serie», fue el intento de Didi por aquietar un poco las aguas.

«Se llama Tomimoto». Mario, totalmente agotado, se estaba frotando la sien. «Está en plena pubertad, tiene problemas y necesita *role models*».

«¿Tienes problemas?». El interés de Piet por el invitado pareció aumentar. «¿Con el sexo? Es normal. En la pubertad todos tuvimos problemas con lo del sexo...».

«Pero lo que más me gusta e-es *Home Improvement*... es que a mí también m-me gusta armar cosas, ¿sabes?».

«Sexo, sexo...», repetía Mario elevando la voz. «Tiene un trastorno comunicativo. No tiene nada que ver con el sexo».

«Todo tiene que ver con el sexo», fue el comentario funcional de Piet. «Timo, ¿has tenido ya relaciones?».

Mario hizo una mueca de disgusto. «Se llama Tomimoto. Además eso es repugnante».

«¿Ah, sí?».

«Sí».

«¿Insultar a alguien diciendo que es un perturbado está bien pero hablar de sexo es repugnante?».

«¡Es por tu manera de decir las cosas!».

«¿Mi manera? ¿Qué tiene de malo mi manera de hablar? ¿Te molesta que no sea tan reprimido como tú?».

«¿Reprimido?».

«Si hace como cinco años que no estás con nadie. Ni siquiera con una mujer».

«Es que...», balbuceó Mario.

Pero ahí Tomimoto tomó por primera vez la palabra: «Hey».

En la pantalla se podían ver imágenes de un *talk show* para jubilados. «¿Por casualidad tenéis patatas fritas?».

La idea de Mario nunca había sido que un piso compartido tuviera que ocupar el lugar de la familia. Eso era justamente lo que no debía ser: ya no había que dar vueltas galantes para conquistar el cariño de mamá, y quedaban atrás los silencios afligidos que se producían en la cena. Y, sin embargo, Mario cada vez estaba más convencido de que la vida con sus compañeros ya no era como antes, que ahora parecía haber perdido la calma de antaño.

De los tres, al que Mario conocía desde hacía más tiempo era Didi. Habían ido juntos a la escuela y, si bien ambos muchachos tomaron distintos caminos cuando el Colectivo Socialista Autogestionado de Colonia se disolvió y Didi se mudó con sus padres a una comuna rural, entre los ex colegas seguía existiendo hasta el día de hoy una confianza casi matrimonial. Didi era una persona callada, tímida, a veces un poco lerdo, pero de buen corazón. Vasiliy era totalmente distinto. También tenía buena predisposición y una marcada sensibilidad por los actos de injusticia, pero mientras las reacciones de Didi parecían emerger de las profundidades de su corazón, Vasiliy era un moralista de cabo a rabo. Un evangelista suabo, de lo peor que uno se pudiera imaginar. Pero al fin y al cabo era cumplidor en las tareas del

hogar, como por ejemplo con el plan de limpieza, incluso a veces hasta pasaba la aspiradora por las ranuras difíciles. Y Piet, finalmente, había sido el último en sumarse a la partida. En su momento, Vasiliy había afirmado que no era bueno vivir exclusivamente con hombres porque no favorecía la deconstrucción del género, tras lo cual, al no haber encontrado a ninguna mujer que quisiera compartir el piso con ellos tres, se habían topado con Piet, que estudió con Vasiliy antropología durante un semestre y, tal como comentó el suabo, «a fin de cuentas no era hetero».

El ambiente en la WG nunca había sido de una armonía exultante, pero siempre había habido alguien para hacer algún plan. En cambio ahora era evidente que algo no cuadraba. Primero lo de la pelea por los rumanos y ahora los curiosos reproches de Piet. ¿Qué había de malo en no haber tenido ninguna historia durante cinco años? ¿Acaso uno entraba en la categoría de mutilado porque pudiera estar un tiempo de lo más bien solo? ¿Qué, la masturbación volvía a ser un pecado? Increíble. Todos se hacían los supertolerantes y luego nadie resultaba tolerante (de super ni hablar). Y como si eso fuese poco, a nivel laboral también surgieron las primeras dificultades. Uno de los encargos de Patzky llevó a la WG a una de esas viejas covachas de tipo *new economy*, esas madrigueras de las que nadie sabe exactamente para qué sirven, si es que en algún momento de su existencia llegan a servir para algo. Dejando a un lado los muebles de cristal y algunas pantallas desechadas, en este piso de la fábrica no había ni rastro de una eventual oficina. Los cuatro iban desorientados a la deriva por un corredor largo y vacío en el que se podía oír la reverberación de cada paso. Por fin encontraron, en un corredor secundario, a un hombre, un tipo de traje, bien arreglado. Mario, que ya estaba harto de tener que ocuparse siempre de todo, esperó a que alguno de sus compañeros iniciara la conversación. Pero los demás no movieron ni

un dedo. Fueron casi quince segundos de un silencio férreo. Hasta que al final volvió a ser Mario el que tomó la palabra.

«Venimos por las deudas. ¡De Patzky!».

«¿Perdón?». El trajeado mostraba una sonrisa desentendida.

«¡D-E-U-D-A-S!».

Ni la más mínima reacción.

«Este no es de verdad», cuchicheó Piet. «Es virtual».

«Señor...». «Mario le echó un vistazo al papelito que escondía en la palma de la mano, «¿Schulz?».

«No». Seguía con la misma sonrisa desentendida. «El jefe está allá atrás».

El trajeado señaló hacia el fondo del corredor. No se veía más que un desértico pasillo en penumbras y más pantallas descartadas.

«Dando la vuelta, detrás de la mesa de ping-pong».

Mesa de ping-pong. No era ninguna sorpresa que al sector le estuviera yendo tan mal.

«Yo sólo soy el *Public Relations Consultant Director*».

«¡Uf, por Dios!», se le escapó a Vasiliy.

«¿Y q-qué... es lo que se hace d-desde ese puesto?».

«Algo parecido a la publicidad, solo que de manera menos concreta», le explicó Piet a su compañero.

«Publicidad...». Vasiliy miró con desprecio. Semejante proceso de rotación del capital era realmente un asunto poco apetitoso.

«Y... ¿Qué es lo que publicita?», esta vez Didi dirigió la pregunta directamente al hombre de traje.

«En este momento no hacemos publicidad».

«¡Hey! Nosotros también tendríamos que hacer propaganda», propuso Piet entusiasmado.

Mario, visiblemente enervado porque sus compañeros no servían más que para envalentonarse con discusiones idiotas, se encaminó hacia la mesa de ping-pong. Los demás lo siguieron charlando.

«¿Por qué habríamos de hacer propaganda?». Vasiliy sacudía la cabeza. «Si es un asco».

«Para volvernos más conocidos...». Piet estaba auténticamente eufórico con su idea. «Y por la *Corporate Identity*».

«Qué idiotez. ¡Nosotros no somos una empresa!».

«¿Por qué no somos una empresa?».

Mario llegó hasta la mesa de ping-pong. En efecto, ahí había un tipo de gafas sentado delante de un ordenador tecleando cosas a una velocidad impactante. Eso sí: no parecía un jefe. Para nada. Más bien tenía pinta de chiquilín recién salido de la adolescencia. Había algo en él que recordaba a [Heintje](#).<sup>4</sup>

«¡Buenas!», gruñó Mario.

«¿Mmm?», masculló ausente el de gafas.

«¡Venimos por el dinero de Patzky!».

«¿Ese quién es?».

Mario hizo rechinar los dientes. «¡El tipo que te instaló la cocina!».

«Cocina... cocina... no, no necesito».

«¡La cocina americana! ¡De P-A-T-Z-K-Y!».

La verdad es que el tipo no tenía aspecto de alguien que tuviera gran interés por cocinas americanas. Pero el papelito de Mario apuntaba datos precisos: cocina americana.

«Patzky, Patzky...». El chiquilín abrió una base de datos y tecleó algo. Parecía un lenguaje robótico.

«Es el que me instaló los cables de la oficina», sentenció finalmente. «Ninguna cocina americana».

A Mario el asunto le resultaba notablemente vergonzoso. No estaban actuando como profesionales. ¡Eso no era para nada profesional!

---

4.- Nacido en Holanda, Heintje saltó a la fama como cantante infantil en 1967 con su gran éxito *Mamá* (*N. de la T.*).

«Bueno, entonces no es por la cocina. Me importa una mierda», lo provocó Mario. «Entonces es por la oficina. Dénos el dinero».

«Ya está...».

«¿Cómo que ya está?».

«Ya hice el depósito».

«¿Y listo?». Piet quedó boquiabierto. Esto de las tecnologías informáticas era una locura total. «Impresionante».

Mario le gritó indignado. «¡¿Qué haces?! ¡¿No tenías que depositarlo?! El acuerdo era que se iba a hacer en negro. ¡Y además a nosotros nos corresponde el treinta por ciento!».

Heintje le dirigió una mirada que denotaba una falta absoluta de comprensión.

«¡En efectivo! ¡Suelta la pasta!», Mario continuó lanzando graznidos y, acto seguido, se avergonzó un poco. Qué bajo había caído.

«¡Y yo qué sabía!».

«¡Puedes preguntar! Recupera la pasta».

«No se puede».

Mario miró al gafoso irradiando furia.

«Me gustaría poder seguir trabajando».

«¿Qué quieres?». Mario jadeaba.

«¿Qué estás haciendo? ¿Es Linux?», intervino Piet, por segunda vez.

«Un sistema automático para la reclamación de pagos».

«¿Reclamación de pagos?».

«Para que la gente pague sus deudas», explicó Heintje.

«¡Necesitamos nuestro dinero!», vociferó Mario.

«Ya está en la cuenta de ustedes».

«¡No es nuestra cuenta!».

Mario estuvo gritando un rato, pero no sirvió de nada. Hubo que emprender la retirada con las manos vacías. Abandonó la oficina cerrando la puerta de un golpe. Realmente, ya nada era como antes.

Quizás los demás tuvieran razón. Quizás después de cinco años fuera hora de preparar alguna salida con alguien. Quizás era cierto que de esa manera uno recuperaba el equilibrio. Además, a Mario no le quedaba otra opción que reorientarse, ahora que la WG estaba evolucionando tan negativamente (y ni hablar de la familia). O sea que así fue como Mario, el día de la bancarrota en lo del tipo de gafas, regresó ni más ni menos que a la tienda de Britta. Los caminos del Señor son inescrutables...

Era una tarde tibia de verano. Mientras Mario reflexionaba sobre si había sido una jugarreta de la naturaleza lo que lo había vuelto a llevar por ahí o si, a cinco años de Anna-el-agente ya estaba volviendo a desarrollar algo parecido al comienzo de una vida sentimental, se oyó por detrás una voz chillona. Enseguida la asoció con *El cuervo* (sí que tenía algo de fastidioso esa película).

«¿Yyy? ¿Vamos a tomar algo?».

«Yo...», atinó a decir Mario.

«Estás un poco pálido. ¿Siempre estás tan pálido? Venga, tú me invitas y me cuentas un poco tu vida».

«Pero...».

«Yo también te puedo dar dinero para que me invites. Vamos al canal, que es romántico».

Sin esperar su respuesta, Melek se puso en marcha. *Canal...* eso, por cierto, no sonaba nada bien. Esos locales no le decían nada a Mario. Unas salas de espera vacías con iluminación sombría neoexistencialista.

Melek inició la conversación del mismo modo en el que había terminado la última: con tono de cuartel. Le preguntó sobre sus compañeros de piso, quiso saber cómo habían des-  
tapado lo del cheque de la Deutsche Bank, dio consejos de experto sobre el encubrimiento de hurto e hizo que Mario le informara sobre su madre, todo antes de que ella empezara en algún momento a contar algo acerca de su vida. Que venía de un enclave de habla turca al sur de Belgrado, que siendo

adolescente, se había percatado gracias a la banda punk Laibach de que existían otras formas de pensar, que en un principio había querido estudiar agricultura en Sarajevo porque en casa del abuelo se las había arreglado muy bien con las vacas, pero que luego en la guerra pasó tres años, casi por completo, en sótanos para finalmente llegar como refugiada a Alemania, donde, como no le reconocieron el diploma escolar yugoslavo, no le quedó otra opción que sobrevivir en el sector comercial.

«Parece...». Mario buscaba una palabra que quedara bien. Melodrama multicultural no sonaba muy amable. «... imponente».

«¿Lo de Yugoslavia o lo de Alemania?».

«Las dos».

«Ni hablar, Yugoslavia fue una cagada».

«¿Y Alemania?».

«En Alemania uno por lo menos tiene cierta seguridad económica».

Otra vez la misma cantinela.

«Hoy en día hay que ingeniárselas». Melek miró por encima del canal. Las olas reflejaban el sol de la tarde. Por un momento realmente afloró una especie de ambiente romántico... Por un momento muy breve. Melek escupió en el partere de flores. «¿Practicar algún deporte? Yo hago kick boxing».

«¿Eh?».

«Dar patadas y puñetazos. Fui campeona bosnia de kick boxing».

Desde el canal llegaban voces que acompañaban los botes. Exposición internacional de la construcción, el puente Admiralsbrücke, los canales que primero fueron cavados y luego tapados. Daba asco. Sobre todo cuando se oía lo mismo unas treinta veces al día, cada vez que pasaba navegando uno de esos botes de excursión.

«¿No es...?», Mario dudó, «¿... muy brutal?».

«¿Brutal?». Melek soltó una carcajada. Un poco trastocada. Pero a lo mejor no era más que idea de Mario. «No, no, luchamos con un protector de dientes».

«Ajá».

«Para desquitarse es genial. Si todos hicieran deporte, la gente estaría mucho más relajada. Y tampoco habría más guerras. Guerras de mierda».

«En este momento un cigarrillo no estaría nada mal», pensó Mario. Si bien la nicotina le hacía sentir mal, un cigarrillo daba aires, o al menos un hálito de masculinidad. «¿Tú crees...?», empezó, pero antes de que pudiera formular la pregunta, Melek ya había vuelto a cambiar de tema.

«¿Te gustan las bodas?».

«¿Las bodas? La verdad es que nunca estuve...».

«¿No? ¡Qué mal haces! Las bodas son algo hermoso... ¡Lo más hermoso después de los hijos! Yo quiero cuatro. Y tú, ¿cuántos quieres?».

«¿Hijos?».

Hablando de locos. La chica estaba como una cabra. Sí, bueno, había sido muy amable en ayudar a Mario con lo de la bicicleta. Y lo de practicar boxeo tampoco era tan extraño, hoy en día una de cada dos iba y lo hacía. Pero con este último punto se había pasado de la raya: boda, matrimonio, cuatro hijos. Más valía que Mario no se encontrara con esta tan seguido. Además era musulmana. Seguro que el clan se venía rápidamente a joder. Y la verdad es que lo último que necesitaba Mario en ese momento era un clan.

«Como el padrino, que también tiene una familia enorme».

«¿El padrino?».

«¿Cuál te gusta más?».

«¿Cómo? ¿Qué?».

«¿Cuál padrino? ¿Brando, Pacino o de Niro?».

«¿De Niro también actúa?».

«¡Claro, en la dos! ¿En qué planeta vives? ¿Qué, no tenéis para ver DVD?».

«Videos... Tenemos un videocasete».

«Pero no sabéis cómo enchufarlo, ¿o qué?».

«Sí sabemos, pero... vemos más bien Godard... y cosas así».

«¿Qué?».

«Cine de autor».

Bueno, estrictamente hablando el único que veía Godard era Vasiliy. Siempre se encrespaba cuando veía que en la sala estaban viendo «mierda para entretenerse».

«Ah sí, claro, Godard». Melek asintió. Lo conocía de sus épocas punk, de un chico que trabajaba en cosas de teatro con el que tuvo una historia de una semana. «Ya sé, esas cosas hippies donde no pasa nada».

Por un momento reinó un silencio mortificante.

De pronto Melek saltó. «Ven, vamos a la kermés».

«¿A la kermés?». Pero a la kermés iban solo los de Neukölln, camioneros de camisa a cuadros y gorrita y adolescentes turcos.

«A la montaña rusa. Nos comemos un algodón de azúcar y paseamos por ahí».

Mario la miró atormentado. ¿Qué se le había pasado por la cabeza cuando fue a donde Melek? Pasear por ahí. ¡Quería conquistarlo! Porrr favor, ¿y ahora cómo se supone que iba a salir de esta historia?

«Para conocernos».

Desplegaron toda la paleta del plan de kermés: autos de choque, algodones de azúcar, montaña rusa, vómitos (en otras palabras: Mario vomitó, Melek subió a dar otra vuelta). Y así es como todo fue ocurriendo de una manera previsible. Estuvieron deambulando por los jardines de los alrededores, el sol poniente bañaba el estanque de perros enfrente del aeropuerto Tempelhof con una luz anaranjada, los anuncios del tren

fantasma y la vuelta al mundo iban quedando cada vez más lejos y de pronto los dos se encontraron parados delante de la puerta de la casa de Melek.

«Bueno...». La comerciante minorista abrió el portal y miró a Mario con ojos desafiantes. Él se quedó como petrificado. Quería que subiera. ¡Oh, no! Ahora venía la parte del sexo y, ¡zas!, la trampa quedaba cerrada. Además, con el toqueteo del principio uno siempre se sentía como en la clase de gimnasia de primaria. La mayor parte de la energía tenía que ser invertida en no parecer un idiota.

«Eh...».

«Lamentablemente no te puedo invitar a casa», lo interrumpió Melek en medio de sus tribulaciones. «Nunca me acuesto con un hombre la primera noche».

Menos mal. Entonces lo del sexo quedaba descartado, a Mario se le cayó un peso de encima. «Genial».

«¿Cómo genial?».

«Eh, bueno, genial».

Melek le echó una mirada desconfiada. «¿Eres gay?».

«¿Gay? ¿Por qué gay?», contestó Mario exaltado.

«Si no eres gay, ¿por qué no quieres subir conmigo?».

«Pero si tú misma acabas de...».

«Te has separado hace poco de tu novia, ¿no?».

Mario pensó un instante. En realidad no se podía decir que cinco años fuera «hace poco». Aunque en esas cosas el tiempo se percibía de una manera muy subjetiva.

«Y...», Melek se encendió un cigarrillo, «es que la primera vez siempre es una mierda».

Mario asintió, diligente. «¡Es verdad!».

«Pero tú me caes bastante bien, o sea que a lo mejor con- vendría quitárselo de encima lo antes posible». Se fijó en si estaba pasando algún transeúnte. «Por lo general la segunda y la tercera vez ya son mucho mejor».

Melek apagó nerviosa el cigarrillo. «Ven, hagámoslo aquí».

«¿Cómo? ¿Aquí?», chilló Mario.

«No, en la calle claro que no».

Mario resopló aliviado.

«En el pasillo del edificio». Melek se lo llevó para adentro.  
«Hagámoslo aquí, así ya nos lo quitamos de encima».

En la oscuridad, Mario llegó a divisar bicicletas rotas, un frigorífico desarmado, bolsas de basura. Y había olor a meada de gato. Un asco. ¿Cómo podía ser que unas criaturas tan pequeñas evacuaran un olor tan fuerte?

«Venga, listo».

Mario luchaba por conseguir aire. «Pero es una locura... en la entrada... y si viene alguien...».

«¿Tienes una especie de... problema fisiológico?», preguntó Melek, comprensiva.

Típico. Si un hombre no quería, ya salían con que tenía un problema fisiológico. «¡No!».

«Entonces venga, hagámoslo rápido, después subimos y miramos un poco algún video».

«Pero así no es...», Mario estaba buscando la palabra justa, «... romántico». Eso era lo que estaba buscando, que así no era romántico. «¿No te das cuenta del olor que hay aquí?».

«A meada de gato», aseguró Melek con total parsimonia.

¿Qué podía hacer para salir de esta situación tan desgraciada? Si se iba ahora, ella vería confirmada su tesis de los problemas fisiológicos. No es que le hubiera importado, pero uno también tenía su orgullo. Además, seguro que ella lo iría a tachar de la lista. A fin de cuentas, esta mujer, a pesar de todas las objeciones, tenía algo simpático. Era un tanto sobreexcitada, posesiva, estrepitosa, chiflada y desconsiderada, pero tenía su sentido del humor. Y tener a alguien con quien salir regularmente después de cinco años tampoco estaba tan mal. De esa manera, Mario no tendría que pasar tanto tiempo con sus compañeros de piso. ¡Ni con la familia! Quizás primero era mejor que subiera con ella al piso. Seguro que ahí arriba no iba a haber un olor tan fuerte.

En ese momento, Mario se percató de por qué para Melek era tan importante hacerlo en la entrada del edificio: arriba estaba esperando toda la parentela. ¡Este era el problema!

«¿Y tu familia dónde está?». Y a esta gentuza musulmana seguro que no le gustaba que Melek y él se revolcaran en el piso.

«¿Eh? ¿Mi familia? ¿Por qué se te ocurre pensar en mi familia cuando hueles a meada de gato?».

«Lo que quiero decir es... Si tu familia está de acuerdo... ehm... podemos subir y charlar un poco...».

«Mi familia está en Belgrado».

Perfecto. Al final la política de inmigración de la UE sí servía para algo.

«Ah, mira tú. ¿Subimos entonces a tu casa?».

«Vale».

«Bueno...».

«Tú primero».

«¿Sí? ¿Te parece?».

Seis pisos más arriba, cuando Mario entró en la casa de Melek, lo invadió una insospechada sensación de paz. El apartamento estaba ordenado, se sentía un perfume de esencias. No había nadie cocinando, no había barahúndas de Kusturica en el aire, nadie debatía sobre vaya a saber qué octavillas ni usaba aparatos de gimnasia. Increíble, ¡qué pacífico!

«¡Está muy bien!». Mario se hundió en un almohadón. «Relajante como...».

No se oía absolutamente nada. Solo la respiración de Melek y el gorjeo de unos pajaritos desde el patio. Ese debía ser el motivo por el cual todo el mundo estaba en pareja: ¡Esta paz!

«Bueno, por mí también podemos estar así sentados tranquilos y... eh...».

«Por mí... eh... también».